

CRISTIANDAD

SUMARIO

EDITORIAL

Las Esperanzas de la Iglesia, por Jaime Bofill 134

DOCUMENTOS PONTIFICIOS

«*El in terra pax hominibus bonae voluntatis*» 136

«*Los cristianos de China se esfuerzan en renovar los ejemplos de los primeros mártires*» 137

DE REGNO CHRISTI

«*El régimen de unidad católica está llamado a desaparecer?*», por el P. Francisco Segarra, S. I. 138

MARIOLOGIA

Conexión entre la maternidad divina y la maternidad espiritual, por Juan M.ª Cascante, Pbro. 142

PEDAGOGIA

En torno a la educación escolar:

Hacer verdaderos cristianos, por Alejandro Díez Macho, M. S. C. 145

POLITICA

Al término del año 1958, por Jorge Galbany 148

Europa 1959, por Fernando Serrano. 150

LETRAS

Las paradojas del Dr. Jivago, por Francisco Salvá Miquel 153

Notas bibliográficas 154



CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LA
DEVOCION A LOS SAGRADOS
CORAZONES DE JESVS Y MARIA

Las Esperanzas de la Iglesia

La Dirección General del Apostolado de la Oración viene oportunamente a recordarnos que este año se cumple el 75° aniversario de la muerte del P. Enrique Ramière. En ocasión de esta efemèrides se está pensando en publicar la traducción de «Les Espérances de l'Eglise», con lo cual se completaría la serie de sus obras principales, al alcance ya del lector español.

La importancia de esta obra es suficiente para que centremos en ella, en este momento, nuestra atención. Como en ninguna otra del P. Ramière, un pensamiento de ritmo vigorosamente juvenil elcpora a fuerza de intuiciones una brillante síntesis. Probablemente, ella se antojará poco fundamentada a quien se resista a dejarse arrebatar por su ímpetu: reserva casi inevitable tan pronto uno cae en la cuenta de las ambiciosas conclusiones a las que, de consecuencia en consecuencia, quiere el P. Ramière conducir a su lector. Sin embargo, la sorpresa va en aumento a medida que una nueva vivencia se abre paso: nos estamos moviendo, de continuo, en el centro del pensamiento y de la espiritualidad católicos; estas intuiciones, que inspiraban a la vez entusiasmo y reserva, despiertan resonancias anticipadas, con frecuencia extraordinariamente precisas, de doctrinas y textos pontificios que han pasado a constituir doctrina nuclear del Magisterio eclesiástico. Por otra parte, los diagnósticos que se aventuran en esta obra sobre la condición y tendencias de la Sociedad contemporánea se cierran a menudo con dictámenes que el tiempo transcurrido muestra cuán certeros fueron. Nos encontramos, pues, obligados a admirar una inesperada madurez. Por todos estos caracteres, bien merece el P. Ramière ocupar la más alta cima entre la notable cadena de pensadores católicos que, mezclando en su reflexión las verdades más elevados de la especulación filosófica y teológica con el conocimiento más concreto de los hechos, así como de las exigencias del corazón humano y de la Sociedad, se aplican a descifrar el sentido y el enigma de la poderosa corriente histórica que caracteriza nuestra época.

Pero no podemos considerar aquí, bajo este aspecto general, el libro a que nos referimos. Nos proponemos tan sólo, por esta vez, subrayar dos aspectos muy definidos y obvios del mismo, a saber:

1.º Como su título indica, la obra que comentamos se propone fomentar entre los cristianos la virtud sobrenatural de la esperanza.

2.º Esta obra es rigurosamente complementaria del «Apostolado de la Oración».

* * *

Nuestra vida sobrenatural es una en sí misma. Ella se realiza en nuestra vida humana, absorbiéndola (sin desnaturalizarla, antes bien, potenciando todas sus energías) en su superior dinamismo.

La unidad en el hombre redimido del orden natural y del orden sobrenatural está, afortunadamente, presente hoy de continuo a la reflexión de los católicos. Pero tal vez suceda con nosotros algo que sería una paradoja: que la unidad en sí de la vida sobrenatural misma se olvide. Nos parece un síntoma de ello la enojosa polémica sobre una pretendida prelación entre fe y caridad, como virtud característica del cristiano.

La unidad del orden natural y del sobrenatural, así como la unidad previa del orden sobrenatural en sí mismo, nos parece ser una de las constantes del pensamiento del P. Ramière, nuevo signo de su genialidad. La obra que nos ocupa (repetimos), vindica en este complejo y dual organismo el lugar que corresponde a la esperanza.

Citemos. «Las Esperanzas de la Iglesia» se escribe bajo la influencia del solemne acto del 8 de diciembre de 1854. El P. Ramière subraya y comenta palabras muy taxativas del Papa Pío IX, que otra Revista católica barcelonesa acaba hace poco de recordar aún. Dice el P. Ramière:

«La importancia capital de este acto no ha escapado a nadie. Los heréticos se han preocupado del mismo casi tanto como los católicos y quizá se ha comentado más en los salones de San Petersburgo que en los de París.

»No obstante, hay un aspecto en este acto para siempre memorable que no parece haber sido suficientemente estimado por los católicos mismos, a pesar de ser su aspecto más consolador. Se le considera tan sólo como una solemne expresión de la fe de la Iglesia; no se le considera bastante como la más impresionante manifestación de sus esperanzas.

»(...) No separemos, pues, estos dos aspectos del acto que nos ocupa, si queremos comprenderlo en toda su grandeza y medir todo su alcance... la voz de Pedro ha hablado, o mejor, el Espíritu Santo por boca de Pedro.

»Pero este Espíritu no es menos el principio de nuestra esperanza que lo es de nuestra fe... en adelante sabemos
 »lo que tenemos derecho a esperar: el completo triunfo de la Iglesia, la destrucción de todos los errores, el reino
 »universal de la verdad y de la virtud, la unión de los hombres y de los pueblos en un solo rebaño, que avanzará,
 »bajo la guía del Pastor, por el camino de la fraternidad y del progreso verdadero: *Ut Sancta Mater Ecclesia, cunctis
 »amotis difficultatibus cunctisque profligatis erroribus, ubique gentium floreat, ut omnes errantes ad veritatis semitam
 »redeant ac fiat unum ovile et unus Pastor.*»

El P. Ramière subraya:

«Repetimos: este aspecto... no es suficientemente comprendido... Esperamos demostrar que las bases de las
 »esperanzas cuya expresión ha unido el Sumo Pontífice con la definición del Dogma de la Inmaculada Concepción
 »no son en nada menos sólidas que las del Dogma mismo, y que los hijos de la Iglesia tienen casi el mismo derecho
 »a confesar su fe en la Inmaculada que a proclamar su esperanza de ver el triunfo de María seguido por el triunfo
 »de la Iglesia y por la regeneración del Mundo.»

Vayamos al segundo punto: las «Esperanzas de la Iglesia» es una obra rigurosamente complementaria de
 «El Apostolado de la Oración».

Dice el P. Ramière, en su introducción a la primera:

«...en una obra titulada «El Apostolado de la Oración» hemos indicado ya el medio más universal y eficaz
 »de realizar las esperanzas de la Iglesia y de acelerar la salud del mundo. Remitimos a este opúsculo a aquellos
 »de nuestros lectores impacientes de conocer en concreto lo que tienen que hacer para cooperar, en la medida de su
 »poder, a esta magna empresa...»

«Estas dos obras se completan mutuamente: una, indica el objetivo a que podemos aspirar; la otra, traza el
 »camino que debe conducirnos a él; el segundo, dirige la acción; el primero, estimula nuestro valor. ¿Cuál de ambos
 »resultados es de mayor utilidad práctica? No sabríamos decirlo. Sin duda, la oración es un gran deber, un deber
 »demasiado olvidado en nuestro siglo; pero la esperanza es un gran deber también, y dudamos que se cumpla mejor
 »hoy de lo que se cumple el de la plegaria. Si ésta es el principio de todas las gracias, la esperanza es el móvil de la
 »plegaria misma. Un soldado sin esperanza es un soldado desalentado: mas entonces, ¿de qué le servirán las armas,
 »por poderosas que sean?»

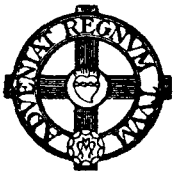
Quien reflexione sobre el pensamiento e intentos del P. Ramière, echará de ver que la naturaleza de dicha
 Asociación no sería adecuadamente comprendida, si uno se limitara a considerarla como una Asociación dedicada
 a la oración; o a fomentar el espíritu de oración; o incluso, una forma de oración: la que se realiza en unión expresa
 al Corazón de Cristo, fuente de la caridad, y en cuya devoción se condensa «la religión entera». Quien aquí se
 detuviere, en efecto, olvidará lo que el propio P. Ramière acaba de llamar «los móviles de la plegaria misma.»

Ahora bien: este móvil es un móvil apostólico desde la primera iniciación del Apostolado por el P. Gautrelet;
 ya que éste propuso a sus dirigidos suplir por la oración un trabajo misional que no les era materialmente posible.
 Pero la finalidad última de todo apostolado y «misión» recibida de la Iglesia es el Reinado Universal de Cristo
 en el Mundo, como anticipo de su Reino en el Cielo.

En adelante, y gracias al P. Ramière, podrá decirse que se habrá tomado conciencia explícita, en la Iglesia,
 de las virtualidades y fines de la Devoción al Corazón de Cristo; con estas virtualidades y fines la propondrán
 en adelante a la Iglesia los Romanos Pontífices.

El círculo de la unidad ha sido cerrado. Unidad de la vida sobrenatural y de sus virtudes básicas: fe, esperanza,
 caridad. Unidad de esta vida sobrenatural con la vida histórica del hombre.

Jaime BOFILL



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

Enero - 1959

GENERAL: Que todos los cristianos sean debidamente enseñados a sentir con la Iglesia.

MISIONAL: Que la unidad de la Iglesia atraiga a los pueblos a la fe.

ET IN TERRA PAX HOMINIBVS BONAE VOLVNTATIS †



N dos palabras, sintéticamente, podemos resumir la substancia viva de la enseñanza contenida en los 19 Radiomensajes de Navidad y en los XX volúmenes de la riquísima colección epistolar y oratoria de Pío XII: UNIDAD Y PAZ.

Porque estas palabras abarcan al mundo entero, desde su creación hasta la consumación de la Histo-

ria: he aquí la unidad. Ellas expresan la luz benéfica y fecundante de la gracia de Cristo, Hijo de Dios y Redentor y glorificador del género humano: He aquí la paz. La sola condición de parte del hombre es la **bona voluntas**, que es ella misma gracia de Dios, pero que quiere ser libremente condicionada por la correspondencia del hombre. La falta de correspondencia de la libertad humana al llamamiento divino a servir a sus designios de misericordia, constituye el más terrible problema de la historia humana y de la vida de cada uno de los hombres y de los pueblos.

La conmemoración del nacimiento de Jesucristo no cesa de renovar cada año en un mismo tono el anuncio de la misma doctrina: UNIDAD Y PAZ. Sin embargo, la historia humana registra desde sus comienzos un episodio de sangre: el hermano muerto por el hermano. La ley del amor, que el Creador imprimió en el corazón del hombre fué desgarrada por la **mala voluntas** que condujo en seguida a la humanidad por los caminos de la injusticia y del desorden. La unidad fué rota y no se necesitó menos que la intervención del propio Hijo de Dios, que aceptó, por obediencia, el reconstruir los sagrados vínculos, en seguida quebrantados, de la familia humana; y la restauró con el precio de su sangre.

Tal restauración está siempre actuándose: Jesús fundó una Iglesia imprimiendo en su faz el carácter de la unidad, apta para reunir todas las naciones bajo sus inmensos pabellones, que se extienden **a mari usque ad mare**. ¡Oh! ¿por qué esta unidad de la Iglesia Católica, que se dirige por vocación divina a los intereses de orden espiritual,

no podría dirigirse también a la reordenación de las diferentes razas y naciones ordenadas a los mismos propósitos de convivencia social señalados por la ley de la justicia y de la fraternidad? Volvemos a recordar el principio, familiar a los creyentes, según el cual el buen servicio de Dios y de su justicia es propicio por añadidura a las ventajas de la comunidad civil de los pueblos y de las naciones.

NACIMIENTO DEL SEÑOR, anuncio de unidad y de paz por toda la tierra. Renovado empeño de buena voluntad puesta al servicio del orden, de la justicia, de la fraternidad entre todas las naciones cristianas, que marchen a la vez unidas en un deseo común de comprensión, de grande respeto a las sagradas libertades de la vida colectiva en el triple orden religioso, cívico y social.

Haga el Señor que nuestra invitación sea oída por todas partes. En algunos países del mundo no habrá oídos para escucharla, allí donde las nociones más sagradas de la civilización cristiana son sofocadas o extinguidas; allí donde el orden espiritual y divino es atacado y se ha conseguido debilitar la concepción de la vida sobrenatural; es bien triste deber constatar el **initium malorum** cuyos testimonios son ahora ya notorios a todos.

La Sagrada Escritura nos narra la construcción en los primeros siglos de la Historia de una torre de Babel, en la llanura de Senaar y su fin en la confusión. También ahora en muchas regiones se están levantando otras torres que acabarán seguramente como la primera. Pero hay muchos que están grandemente ilusionados aunque la amenaza es evidente. Sólo la unidad y la colaboración en el esfuerzo de apostolado de la verdad y de la verdadera fraternidad humana y cristiana, podrán detener los graves peligros a que estamos expuestos.

Tiempo de Navidad, tiempo de buenas obras y de caridad intensa. El ejercicio de aquéllas que dan substancia y color a la civilización que toma de Cristo su nombre, tiene por objeto las catorce obras de misericordia. La Navidad debe señalar el máximo de fervor religioso y pacífico por esta efusión de unidad y de caridad hacia los hermanos necesitados, enfermos, los pequeños, los que sufren, de cualquier clase y de cualquier nombre.

(Del Mensaje de Navidad de Juan XXIII.)

LOS CRISTIANOS DE CHINA SE ESFUERZAN EN RENOVAR LOS EJEMPLOS DE LOS PRIMEROS MARTIRES

De la Alocución de Juan XXIII al Consistorio, en 15 de diciembre de 1958

Desde hace ya mucho tiempo los católicos de las regiones de China se encuentran en difícilísimas circunstancias..., un oscuro silencio mientras tanto, cada día más profundo, envuelve cual tétrica nube aquellas diócesis; pero sabemos que todas las astucias, todo el empeño se dirigen a este fin: arrancar del recto camino y de la unidad de la Iglesia Católica al clero y a los fieles cristianos.

¡Lamentable y funesto espectáculo! Vemos de una parte la violencia de los perseguidores, que se esfuerzan en seducir el ánimo de los cristianos enervado ya por tristísimas condiciones; de otra parte contemplamos los sufrimientos, las angustias y dolores de los confesores de la fe que lloran y gimen por sus sacrílegos intentos.

¡Ojalá todos los buenos pudiesen oír las voces lamentables que hieren Nuestros oídos! Brotan de los labios de aquellos que, oprimidos pero no quebrantados por acérrimas angustias se esfuerzan en expresar su amor y su fidelidad al Romano Pontífice. Piden de Nos oraciones, no por su vida corporal, sino por su alma; y en sus gemidos atestiguan su voluntad verdadera, sincera y tenaz de conservar indemne hasta el último aliento su perseverante y afanosa fidelidad hacia el Vicario de Jesucristo.

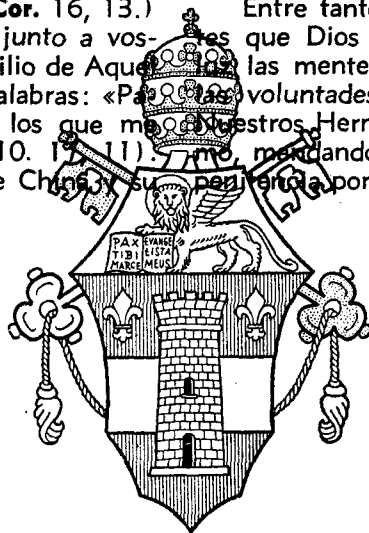
A cada uno de estos hijos que se esfuerzan en renovar los preclaros ejemplos de los primeros mártires, deseamos reiterar la exhortación del Apóstol de las gentes: «Vigilad, manteneos firmes en la fe, obrad virilmente y confortaos». (I Cor. 16, 13.) No estáis solos, el mismo Cristo está junto a vosotros; confiad en las fuerzas, en el auxilio de Aquel que ha rogado por vosotros con estas palabras: «Padre, no des que se aparten de mí las voluntades de todos; y deseamos que todos nuestros Hermanos en el Episcopado hagan lo mismo, mercedando públicas oraciones y actos de santa Y la Santísima Virgen María, Reina de China, y su perseverancia por esta causa.

patrona poderosísima, sonriéndolos suavemente, implore para vosotros de su divino Hijo las celestes ayudas que necesitáis. los mártires y los demás Santos, por cuya sangre derramada y por cuyas virtudes florecieron tanto vuestras comunidades cristianas, os alxiliarán sin duda.

Deseamos además que Nuestra voz y nuestros avisos e invitaciones lleguen también a aquellos que ¡oh dolor! se comportaron como débiles, vacilantes y temerosos; y de un modo particular a los que ocupando ilegítimamente el lugar y la Sede de los Sagrados Pastores prepararon el camino a un funesto Cisma. ¡Esta palabra «cisma» parece quemar nuestros labios al pronunciarla y herir nuestra alma! Al sentir en nuestros hombros el cargo del Sumo Pontificado, al considerar el deber paterno e inmenso de caridad con el que abrazamos a la universal familia humana afanosa y amantísimamente, no podemos sino rogar a Dios omnipotente que quiera benignamente apartar de las comunidades católicas de China esta calamidad que las amenaza.

Y si estos míseros hijos Nuestros temen las calumnias, los dolores y los tormentos que les amenazan, afirmen claramente su fidelidad a Cristo, consideren que tal es el precio de una fe cristiana invicta, y el premio de gloria sempiterna, que el mismo divino Redentor prometió a sus seguidores, advirtiéndoles: «No es el siervo mayor que su Señor. Si a Mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros.»

Entre tanto Nos, no cesamos de rogar suplicantes que Dios quiera benignamente ilustrar con su luz las mentes de los que yerran y dar firmeza a sus voluntades de todos; y deseamos que todos nuestros Hermanos en el Episcopado hagan lo mismo, mercedando públicas oraciones y actos de santa Y la Santísima Virgen María, Reina de China, y su perseverancia por esta causa.



¿EL REGIMEN DE UNIDAD CATOLICA ESTA LLAMADO A DESAPARECER?

EL INSTITUTO FILOSOFICO DE BALMESIANA, ha publicado recientemente la tercera edición notablemente ampliada de la obra «IGLESIA Y ESTADO», del Padre Francisco Segarra, S. I. Aunque nos proponemos hacer oportunamente la merecida reseña de esta luminosa y documentada obra, ofrecemos en este número unos fragmentos de su tercera parte—totalmente nueva—. Está dedicada dicha parte a algunas dificultades principales que flotan en el ambiente de nuestros días y que, «por lo especiosas, pueden alucinar algunos espíritus».

Los fragmentos que reproducimos se dirigen concretamente a responder a quienes consideran que es preciso ir preparando a todo pueblo que esté aún bajo unidad católica «a vivir su religión en un régimen de libertad religiosa», porque EL REGIMEN DE UNIDAD CATOLICA ESTA LLAMADO A DESAPARECER.

Frente a esta actitud «derrotista», dicho autor, no sólo demuestra que «es arriesgado afirmar la desaparición total de la unidad católica en las naciones para un tiempo futuro, por siempre jamás», sino que ve surgir de las Sagradas Escrituras, del Magisterio de la Iglesia y de las enseñanzas de los Santos «una aurora de esperanzas en orden al tiempo por venir». Como podrá ver el lector, la doctrina que expone el Padre Segarra viene a coincidir con «Les Espérances de l'Eglise» del Padre Enriquer Ramière.

Si levantándonos del plano de conjeturas naturales, subimos a considerar la palabra de Dios en las Escrituras, el magisterio de la Iglesia y las enseñanzas de los Santos, encontraremos indicios poderosos o nada despreciables de que la afirmación, que podríamos llamar en lenguaje moderno “derrotista”, es infundada y falsa. Una aurora de esperanzas surge de todos estos documentos en orden al tiempo por venir. Indiquemos brevemente esos indicios.

I. Sagradas Escrituras

1) En el Viejo Testamento se describe el Reino Mesianico: Reino espiritual y visible, Reino universal y perpetuo, individual y social, Reino de justicia y de paz; de paz no sólo individual sino también social y aun internacional. No todos los caracteres predichos es preciso que se verifiquen *durante todo el tiempo Mesianico*, pero sí durante algún tiempo por lo menos. Prescindiendo ahora de los demás caracteres, *la paz internacional* no parece haberse aún verificado en forma suficientemente satisfactoria para el cumplimiento de tan solemne profecía. Por consiguiente, en un tiempo misterioso, que nosotros no sabemos determinar ni fijar, en el Reino Mesianico, es decir, en la verdadera Iglesia fundada por Cristo, brillará sobre las naciones el sol de la verdadera paz tan ardientemente y por tantos siglos suspirada, una paz internacional (1). Y aunque no sea una paz perfecta, pero sí un

estado de tranquilidad social y respeto mutuo entre las naciones, muy superior a cuanto hemos visto hasta ahora. Este es un indicio no despreciable. Porque los tiempos de esa paz se describen como tiempos en los que “la montaña de la casa de Yahveh se hallará firmemente establecida en la cumbre de los montes... y afuirán a ella todas las naciones. E irán muchos pueblos y dirán: Ea, subamos a la montaña de Yahveh, a la casa del Dios de Jacob, y nos enseñará sus caminos y andaremos por sus sendas; pues de Sión saldrá la ley y la palabra de Yahveh de Jerusalén. Y juzgará entre las naciones y reprenderá a muchos pueblos...” (2). Tiempos por consiguiente no de inhibición o indiferencia o, como diríamos ahora, de laicismo estatal, en los cuales la religión es asunto privado, del que no se interesa el Estado sino tan sólo para hacer guardar ante la ley, común para todos, los derechos de cada uno, individuo o sociedad, sino tiempos en que los pueblos acuden a la montaña de Yahveh y a la casa del Dios de Jacob para que les enseñe sus caminos y caminen por sus sendas y “juzgue entre las naciones y reprenda muchos pueblos” “hasta lo más lejos” (3).

2) Igualmente se predice tanto en el Viejo como en el Nuevo Testamento un hecho público y social, singularmente significativo, a saber la conversión del pueblo judío allá en los últimos tiempos. En el Viejo Testamento se contiene esta predicción cuando se predice que las reliquias de Israel serán de nuevo congregadas y habitarán

(1) Isaías, II, 1-4; cfr. Miqueas, IV, 1-3. Pueden verse: *Rovira*, “De Opere Messianico”, IV, 36 sqq.; V, 111-113; VI, 121 sqq. *Pesch*, “Comp. Theol. Dogm.”, t. I, n. 161, n. 2. *Nicolau*, “De Revelatione Christiana”, Thesis 35, nn. 574 sqq., especialmente 611 sqq. (Editorial B. A. C.).

(2) Isaías, II, 1-4.

(3) Lc., y Miqueas IV, 3.

en las montañas de Israel y en la tierra dada a Jacob y esto con una abundancia y plenitud tal que es ridículo aplicarlo al modesto florecimiento inmediatamente después de la vuelta del cautiverio (4). Y en el Nuevo Testamento, S. Pablo nos certifica, como de un misterio, de la conversión de Israel "después de haber entrado (en la Iglesia) la plenitud de las gentes" (5).

Ahora bien, la conversión de Israel influirá socialmente de una manera extraordinaria. El pueblo judío ha sido y es ahora un adversario poderoso de la religión católica. Su conjura permanente contra ella frustra con frecuencia los mejores planes, y aviva siempre por lo menos un fuego latente de odio a la religión católica. Pensemos, pues, qué será cuando ese gran pueblo se convierta en masa y por de pronto de parte suya cese toda persecución y todo obstáculo, antes al contrario con su potencia económica, con sus variadísimos y habilísimos recursos, su admirable constancia, su vigor indomable contribuya a la propagación del catolicismo. Serán éstos sin duda días de gloria y de esplendor para la Religión verdadera. Y aun podemos notar una particularidad. Ese pueblo, durante muchos siglos, ha vivido una vida profundamente religiosa que ha imbuído y como empapado su misma manera política de vivir. Durante siglos ha sido un pueblo de hábitos y formas sociales profundamente teocráticas. Es por tanto de esperar, aun humanamente, que ese pueblo, tan hondamente ensimismado, no sólo sin repugnancia sino antes bien quizá con cierta facilidad y entusiasmo, recibirá las enseñanzas de la Iglesia sobre el régimen de los pueblos, y por consiguiente que "en principio la Religión y el Estado deben unirse y colaborar dentro de una plena comprensión" para el bien integral de los ciudadanos.

Todos estos indicios, patentes en los Libros Sagrados, no dan en manera alguna derecho por lo menos a afirmar simplemente y menos a afirmar con resonante e impávida seguridad que "el régimen de unidad católica está llamado a desaparecer por siempre jamás". Una luz suave surge más bien de las Divinas Escrituras y señala para tiempos por venir un camino de esperanzas, quizá para algunos un camino de dilatadas y aun magníficas esperanzas.

II. Magisterio Eclesiástico

Esa misma luz, suave y alentadora, apunta en solemnes documentos del Magisterio Eclesiástico.

1)

2) Lo que León XIII llama "divina promesa de Jesucristo", Pío XI lo apellida "suavísimo y cierto vaticinio" en su Encíclica "Ubi Arcano" (6) de 23 de diciembre de 1922. También él, como León XIII, después de mirar en torno suyo desde la sublimidad de la Sede Apostó-

lica, y ver cuántos todavía *no son de este redil*, esto es, de la Iglesia Católica, unos por ignorar del todo a Cristo, otros por no retener íntegra y auténtica su doctrina o la unidad prescrita, recuerda aquellas palabras de Cristo: "Se hará un solo rebaño, un solo Pastor", y declara que con toda alegría recibe este vaticinio y ora para que Dios haga que él y con él todos los Prelados y fieles vean cumplido este *cierto vaticinio* del divino Corazón. A continuación añade que de esta unidad religiosa ha resplandecido como cierto auspicio en el hecho reciente, *inesperado* de todos, de que la mayoría de los Príncipes y Jefes de casi todas las Naciones han querido como a porfía o reconocer la antigua amistad con la Sede Apostólica, o establecer por primera vez con ella pactos de concordia.

Notables son y dignas de gran ponderación las palabras de Pío XI llamando *vaticinio cierto* a la promesa de Cristo de que vendrá a hacerse "un solo redil y un solo Pastor", en el sentido de que todas las gentes pertenecerán a la Iglesia Católica. Ahora bien, esta espléndida unidad religiosa es difícilísimo que no lleve naturalmente consigo que las leyes de la sociedad estén empapadas en espíritu cristiano y que el poder gobernante proteja especialmente a la Religión preferida y profesada por los súbditos. Cuando Pío XI señala, como una especie de augurio del porvenir, la amistad y buenas relaciones de casi todas las naciones con la Iglesia Católica, parece indicar que esto es un esbozo de lo que acontecerá. Habrá, pues, en un tiempo por venir mucho más todavía que amistad y buenas relaciones de trato entre la Iglesia Católica y los pueblos. La Iglesia seguirá proponiendo la doctrina de las relaciones *normales* entre ella y las naciones; los fieles irán tomando conciencia clara de tal doctrina. Y de la conciencia de los individuos se irá formando la conciencia colectiva o nacional.

III. La voz de la tradición

1)

2) Pero recojamos algún ejemplo de varones insig-nes. Y, dejando los tan numerosos y conocidos que se citan al tratar del *Milenarismo*, propongamos alguno que otro más cercano a nosotros y menos divulgado.

San Pedro Pascual

Este insigne Obispo de Jaén y glorioso mártir de Cristo (6 de diciembre de 1300) sostuvo una célebre disputa con los rabinos *Moxi* y *Jacobi Mani*. Dichos rabinos exponen sus dudas y dificultades, exigiendo que se les satisfaga con pruebas sacadas del Antiguo Testamento (7). La disputa se desarrolla en lengua catalana. En diversas ocasiones prueba el Santo por testimonios del Viejo Testamento que los judíos

(4) Pesch, I. c., n. 2, donde se citan diversos textos de Oseas, Jeremías y Ezequiel.

(5) Rom., XI, 25.

(6) A. A. S., v. 14, 1922, pp. 696-697.

(7) "Obras de S. Pedro Pascual, Mártir, Obispo de Jaén y Religioso de la Merced", en su lengua original, con la traducción latina y algunas anotaciones por el P. Fr. Pedro Armengol Valenzuela, Religioso de la misma Orden. v. II, Prolegómenos, p. VII a. (Roma, Imprenta Salustiana, 1907.)



San Pedro Pascual

se convertirán al fin del mundo. Pero hay un pasaje muy claro en que el Santo Obispo prueba además y describe el esplendor de la verdadera Religión y la paz internacional que habrá en los últimos tiempos. Dice así: "(Judío) ¡Cristiano! no es verdad que el Mesías, prometido en la ley, sea venido. Porque no puede ser Jesucristo. Y que eso sea verdad os lo pruebo por Isaías que dice: *Ocurrirá, pues, que en los días postrimeros la montaña de la casa de Yahveh se hallará firmemente establecida en la cumbre de los montes... No alzaré ya espada pueblo contra pueblo, ni se adiestrarán más en la guerra... romperán sus espadas trocándolas en aladros y sus lanzas en podaderas...* (8). Por tanto, ¿qué me respondes? ¿de dónde aparece que dichas cosas hayan sucedido? No me lo parece; antes bien, ahora están todas las gentes divididas y arcos y espadas son empleados para la guerra. Por lo cual aparece que dicho Mesías, al cual vosotros llamáis Cristo, no ha venido" (9). Nótese bien ahora la respuesta de S. Pedro Pascual: "¡Judío! Respondo y os digo que la autoridad que vos habéis aportado, de Isaías, no obliga (a admitir) que después del advenimiento del Mesías no sea llevado arco en batalla; pero obliga (a admitir) y demuestra que en los últimos días finales habrá tiempo en que de allí en adelante no se llevará arco a batalla ni se levantará gente contra gente. Y esto será después de la caída del Anticristo... Y después de todo eso, *todas las gentes se convertirán a una fe y a una ley de Jesucristo; y de allí en adelante no será llevado arco ni espada a la batalla...*" (10).

(8) Copiamos la traducción tan acreditada de Bover-Cantera (B. A. C., 3.ª ed., Isaías II, 2, 4. La traducción del original catalán sería diferente en algún detalle, pero idéntica en la substancia. Véase I. c., v. II, "Disputa del Bisbe de Jaén contra los jueus sobre la fe catholica", titol. 24, n. 2, pp. 122-123.

(9) L. c. n. 2, p. 123.

(10) *Ib.*, n. 3, p. 123. Es así el catalán en su grafía antigua: "En jueu, responech e dich vos que la autoritat, que vos avets aportada, dita per Isaies, no costreny pas, que apres lo aveniment del Messies, no sia aduyt arch en batalla, mas costreny e demostra que en los derrerats

Y en el mismo sentido continúa razonando. Prescindiendo de detalles, se ve claramente que el Santo Obispo de Jaén admite que "en los derrerats dies finals", al fin de los tiempos mesiánicos, habrá una "gran abundancia de paz", y paz universal; y todas las gentes se convertirán a una fe y a una ley de Jesucristo. Así las cosas, parece lo más obvio y como natural que las naciones se constituyan según la forma que los Romanos Pontífices señalan como la forma *normal* de constitución de toda nación compuesta de súbditos católicos o en su totalidad o en su inmensa mayoría.

El Siervo de Dios, Dr. Torras y Bages

Añadamos otro testimonio de este gran siervo de Dios († 1916). En su tiempo, próximo al nuestro, parecía descollar, venerado por todos, como un "Santo Padre de los tiempos modernos", digno de que le distinguiesen con extraordinarias alabanzas en públicos documentos los Sumos Pontífices S. Pío X y Benedicto XV. En el magnífico estudio, titulado "Influencia de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús en los tiempos modernos", escribe así: "...La Iglesia tiene... apologistas eminentes, filósofos y sabios en todos los ramos, hombres elocuentes para anunciar la palabra del cielo, pero no los tiene — en nuestros tiempos — en mayores proporciones de las ordinarias; lo que sí tiene en un grado no común, de lo que hace la Providencia particular ostentación en nuestros tiempos, es de la Caridad divina, de aquel amor hacia los hombres



Dr. Torras y Bages

que *lograré*, venciendo todas las concupiscencias..., *dominar el sensualismo y dar al mundo y al cielo el magnífico espectáculo de una civilización que dispone de infinitos*

dies finals será temps, que dellinavant no será duyt arch en batalla, nes levará gent contra gent, e assó será après lo cayment de Anticrist, e de Goch, e de Magoch ab tota la sua gent; e après tot assó *totes les gentes se tornarán a una fe, e en una lig de Jesucrist*, e dallinavant no será duyt arch ni spasa en batalla..."

medios materiales y que, no obstante, se rinde a los mandatos del espíritu. Si así no fuera, parece que quedaría incompleta la sublime misión del Verbo Encarnado..., sin efecto la celestial promesa que aseguró la herencia de todas las generaciones al humilde Hijo de David" (11). La consecuencia de estas palabras es obvia. Una vez que la civilización, con sus infinitos medios materiales, se rinda a los mandatos del espíritu, es decir según todo el contexto, reciba las enseñanzas de la Iglesia, las naciones se constituirán en el estado *normal* pretendido por Dios en la constitución de los pueblos y enseñado por la Santa Madre Iglesia, y por tanto brillará con gran esplendor, aun pública y socialmente, el "Reino de Dios" sobre el mundo.

Después del testimonio de dos santos Obispos, no podemos omitir, aunque sea más conocido, el testimonio de una figura casi moderna, que floreció en la segunda mitad del siglo pasado y cuyo influjo fué muy grande en su tiempo y casi podríamos decir: *mundial*. Nos referimos al R. P. Enrique Ramière, S. J. (1821-1884), apóstol por excelencia de la devoción al Sagrado Corazón y propagador incansable del Reinado de Cristo. Sus obras alimentan todavía en nuestros días los alientos y las esperanzas de

(11) "Obres completes de l' Ilhm. Senyor Dr. Josep Torras i Bages, Bisbe de Vich", *El Sagrat Cor de Jesús*, t. X, pg. 220 (Biblioteca Balmes, Durán i Bas, 9 i 11, Barcelona, 1935). Poco antes, en el mismo estudio, dice así: "Aquel París..., foco de donde han partido los rayos de ardientes concupiscencias que han consumido las antiguas costumbres cristianas, será también un día u otro, por más que la malicia humana a ello se oponga, la que hará llegar a las más apartadas regiones el eco del humilde y amoroso himno de regreso de la sociedad al seno del divino Redentor, de donde jamás debiera haber salido." Loc. cit., pg. 211.

muchos que, llenos de fe, esperan con el corazón palpitante el pleno cumplimiento de aquella oración a "nuestro Padre que está en los cielos", que nos enseñó a repetir constantemente Jesucristo: *Adveniat Regnum tuum!*

Sus dos libros "Les Espérances de l'Église" y "Les doctrines romaines sur le libéralisme..." desenvuelven esta misma idea: la sociedad se hunde si prescinde de Jesucristo; y de su mismo hundimiento, que puede llegar a ser total, surgirá el reconocimiento espontáneo de los derechos de la Iglesia y la soberanía social de Jesucristo. Esta es como la idea nuclear, apoyada y razonada en todos sus aspectos: históricos, sociales y políticos. Recojamos un breve fragmento.. Después de haber descrito magníficamente el triunfo social, que esperamos, de Jesucristo en este mundo, prosigue el P. Ramière: "...Quizás este triunfo no lo veremos nosotros con nuestros ojos en la tierra. Pero ¿qué importa? ¿Acaso no debemos darnos por satisfechos habiendo cooperado a él? Si, como lo confiamos, Jesucristo debe reinar un día en la sociedad humana, libre y amorosamente sometida a sus leyes, nos cabrá un gran contento con poder decir que, sacrificando nuestra popularidad y despreciando la ira de la opinión, pudimos contribuir en la medida de nuestras fuerzas a facilitar el establecimiento de este terrestre reinado del Hombre-Dios; a procurar a la Iglesia esta gloria y a la sociedad humana esta felicidad" (12).

(12) "La Soberanía Social de Jesucristo", Capítulo: *Conclusión*, pp. 222-223 (Barcelona, 1951, Ediciones "Cristiandad"; Traducción de "Les doctrines romaines sur le libéralisme envisagées dans leurs rapports avec le dogme chrétien et avec les besoins des sociétés modernes").

«Ut sint unum»

La prensa de los primeros días de este año 1959 nos ofreció una sorprendente y esperanzadora noticia. El llamamiento de S.S. el Papa Juan XXIII, en su mensaje Navideño, a los cristianos separados, pertenecientes a las Iglesias «ortodoxas» de Oriente, ha promovido una respuesta, al parecer notablemente alentadora.

El Patriarca Atenagoras, de Constantinopla, la antigua Bizancio,—la sede en la que se inició y promovió en un proceso secular el Cisma de la Iglesia Griega—ha declarado, en una Misa celebrada en su Catedral, que desea de corazón el retorno a Roma de las Iglesias disidentes, y que pide diariamente al Señor por ella. Anunció también su intención de enviar a la Santa Sede una respuesta al llamamiento de Juan XXIII.

Al día siguiente de esta manifestación, se dirigió a los Metropolitanos de su Iglesia, expresando que, «sería este el comienzo de un verdadero Año Nuevo en Jesucristo, si los deseos del Papa pudieran realizarse».

A todos los cristianos nos incumbe implorar la gracia divina en pro de un retorno de tan decisiva importancia para el porvenir cristiano del mundo. Para que, como pide la «Intención» del Apostolado de la Oración de este mes de enero, «la unidad de la Iglesia atraiga a los pueblos a la fe».

CONEXION ENTRE LA MATERNIDAD DIVINA Y LA MATERNIDAD ESPIRITUAL

Con motivo del año Centenario de las apariciones de Lourdes hemos ofrecido a nuestros lectores algunos artículos sobre temas Mariológicos. Ahora publicamos el que para nosotros ha escrito el Rdo. Dr. Juan M.º Cascante en el que resume la ponencia por él presentada al Congreso Mariológico Internacional.

En la presente época de revalorización de los estudios mariológicos no podían faltar trabajos que intentaran llegar a coordinar los distintos puntos de doctrina mariana a fin de construir orgánicas síntesis que mostraran a plena luz la sabiduría que rige en los planes de Dios.

El tema que encabeza este artículo y que fué estudiado por la Sociedad Mariológica Española, en su XVIII Asamblea anual celebrada este año en Lourdes dentro del magno Congreso Mariológico Internacional, puede considerarse un trabajo de este tipo, y de capital importancia, porque la conexión que existe entre estas dos grandes prerrogativas marianas: la divina Maternidad y la Maternidad espiritual, resulta ser uno de los puntos clave de toda la ciencia mariológica. En efecto, si es posible encontrar el íntimo nexo que une a muchos privilegios de María con su dignidad de Madre de Dios, tales como la Inmaculada Concepción, la Realeza, la Asunción, etc.; no aparece, en cambio, la exigencia de una íntima vinculación entre el privilegio de ser Madre de Dios y el de ser colaboradora directa en la obra de salvación sobrenatural de la humanidad realizada, por Cristo. Si se llega a encontrar este íntimo nexo, se habrá logrado la unidad de toda la mariología, se habrá realizado la completa síntesis de todos los privilegios marianos.

Que exista entre las dos maternidades de María una cierta relación es cosa que hoy no puede negarse, después de la multitud de textos pontificios que claramente la afirman. Mas esto no es suficiente para el teólogo; quiere él buscar cuál sea la razón de esta relación, qué íntimo nexo une ambos privilegios y qué realidades lo justifican. Para comprender el interés de esta búsqueda bastará exponer los extremos que pueden presentar las explicaciones posibles. La primera explicación extrema sería poner un mero decreto divino, sin ninguna conveniencia real. Dios lo ha querido así, sin más. No cabe en este caso buscar razones que justifiquen tal relación, porque no existen. Es un secreto arcano de Dios el saber por qué lo ha querido así, no hay ninguna razón que nos lo indique.

Tal postura, sería sin duda errónea, pero podría admitirse. En este caso es inútil — ya desde el principio — buscar una explicación al hecho de que exista una relación entre ambos privilegios marianos. La labor del teólogo, en tal caso, sería muy poca: cons-

tatar simplemente el hecho y llegar a demostrar que no existe explicación ninguna.

El otro extremo posible sería admitir una exigencia absoluta, que podría enunciarse de este modo: Si es Madre de Dios tiene por ello que ser forzosamente la Madre espiritual de los hombres. También es falsa esta posición, pero podría en cierto modo admitirse sin que la Iglesia la prohibiera.

A fin de hallar la verdadera explicación del problema que estudiamos, creemos que resultará un buen método escrutar con todo detalle las expresiones de los textos pontificios, buscando en ellos la pauta que nos guíe hacia la recta solución.

Muchos son los textos del Magisterio eclesiástico que hablan de una relación entre estas dos Maternidades de la Virgen, pero donde se encuentra más explícito el pensamiento de la Iglesia, en este punto, es en la famosa encíclica de Pío X, *Ad diem illum*, y en un discurso de Pío XII dirigido al Congreso mariano de Ottawa. En ambos casos el argumento de los Papas viene a ser el mismo: Que María por ser Madre de la Cabeza, es al mismo tiempo Madre del Cuerpo Místico. La razón que aducen es de que María concibió al Hijo de Dios para que fuera hombre y para que fuera, por la naturaleza que tomaba, Salvador de todos los hombres. De modo que puede decirse sin exageración que la Virgen en su seno, junto con su divino Hijo, nos llevaba a todos nosotros, a todos aquellos cuya vida se contenía en la vida del Salvador. Ella es Madre nuestra porque es Madre de Aquel con quien hemos sido hechos "uno" por su capitalidad.

Esta es la doctrina pontificia casi con sus mismas palabras. Tratemos ahora de explicar, en lo posible, cómo se deriva la Maternidad espiritual de la divina. Para ello hace falta probar dos cosas: Que Cristo por el hecho de ser cabeza de la humanidad ya nos salva, nos da la vida sobrenatural y que María influye en esta vivificación sobrenatural con una acción, o causalidad que se pueda llamar propiamente maternal.

Sabido es de todos que la salvación de la humanidad se realiza por el sacrificio cruento del Calvario, en donde Cristo, en nombre nuestro, expía los pecados y nos rescata al precio de su divina sangre. Mas puede, también, hablarse de una salvación en el momento de hacerse hombre. La razón es la siguiente: Para que Jesucristo pudiera redimirnos, expiar en nombre nues-

tro, se requería que nosotros estuviéramos incorporados a Él, que Él se hiciera “uno” con nosotros. Ahora bien, esta solidarización se realizaba en el momento de tomar nuestra naturaleza, en el momento de ser engendrado. En el primer instante de la existencia de Cristo, toda la humanidad le queda incorporada. Él nos representa ante Dios, en nuestra condición de pecadores, y nosotros recibimos el derecho a participar de la gracia y santidad que Él posee por derecho propio. Ciertamente que esta gracia ha de ser conquistada, ganada por la Pasión, pero la posibilidad de recibirla, la capacidad de insertarnos de nuevo en la corriente de la gracia, ya se ha obtenido en la Encarnación. Se puede hablar, pues, con toda verdad de una virtual salvación en el momento de tomar carne el Verbo.

Falta detallar el segundo punto; o sea, que María interviene activamente en esta virtual salvación, y que su acción es una acción maternal. Que María interviene es cosa cierta por el testimonio explícito de los Papas. Ella — viene a decir Pío X — comunicaba al Verbo el Cuerpo “espiritual”, de los que habían de creer en Él, para venir también entonces a la vida.

La explicación de esta idea resulta relativamente fácil. María comunicaba al Verbo este cuerpo “espiritual”, o futuro Cuerpo místico, sin vida aún, para que fuera vivificado por el contacto con el Verbo que entonces se encarnaba. Que María representara, en aquel instante, a toda la humanidad es idea cara a la tradición cristiana y que viene refrendada por el testimonio de muchos documentos pontificios. León XIII,

por ejemplo, dice que María en aquel momento obraba en persona de todo el género humano. Tal acción de María es una acción maternal y guarda pleno paralelismo con la acción de María en la generación del Verbo humanado.

En efecto, María es Madre de Cristo porque produjo, con el concurso del Espíritu Santo, una naturaleza humana que debía unirse — en el primer instante de su ser — con la divinidad en la persona del Verbo. La acción de María en este caso fué cooperar — en el orden humano físico, en el orden moral psicológico y con actos de orden sobrenatural — en la concepción del Verbo hecho hombre, pero Ella no hizo la Unión Hipostática.

Paralelamente Ella actúa en otra actividad, que puede llamarse también generación, y que explica el título de Madre de los hombres. María, en este caso, coopera a nuestra salvación entregando el Cuerpo Místico sin vida al Verbo que se encarna. Cooperar, también, con sus actos morales de asentimiento y con los actos sobrenaturales de fe y amor que secundan los planes de Dios que Ella ha conocido por revelación. Esta acción de María, cooperando a la acción divina, es para que la humanidad reciba la vida sobrenatural que el Verbo humanado le comunicará, virtualmente ahora y de un modo real en la Cruz.

Tal creemos que es la genuina explicación del nexo que une la Maternidad espiritual con la divina, y que da razón a las terminantes afirmaciones de los textos pontificios.

Parece que se podría dar aquí por terminado este estudio, pero quedan todavía algunos puntos por aclarar que atraen la atención del teólogo. ¿Por qué María debe cooperar junto a la Cruz con Cristo en la real comunicación de la vida sobrenatural al Cuerpo místico? ¿Cuál es el lazo que liga los diferentes estadios de la Maternidad espiritual de María? ¿Las palabras de Jesucristo moribundo en la Cruz, que proclaman a María Madre espiritual de Juan y de los demás redimidos, son simplemente la manifestación de su voluntad, o bien obedecen a que existe una real aportación de María en la Cruz que completa la Maternidad de María sobre las almas?

Estos son los interrogantes que se abren a la mente ansiosa de hallar la verdad en toda su amplitud. Intentaremos exponer brevemente nuestra opinión.

Lo primero que se nos ocurre es el paralelismo y la armonía que deben existir en los planes de Dios. Ciertamente parecería ilógico que Dios hubiera querido hacer a María Madre nuestra, que se hubiera contentado con una acción maternal radical o incoativa, y que no hubiera querido el ulterior desarrollo de la plena maternidad en el momento cumbre de ganar para las almas la vida sobrenatural, y en el momento



definitivo de comunicar a cada hombre individualmente, esta vida sobrenatural. Esto es muy cierto y puede bastar para orientar la búsqueda, pero no para descansar como poseyendo la solución completa. Se impone, ante todo, buscar la certeza de una colaboración de la Virgen en el momento del sacrificio redentor, y de una acción especial de índole maternal en el momento de comunicar la gracia a las almas. Una vez constatada la realidad de esta colaboración, queda todavía por explicar el modo cómo se han desarrollado los planes de Dios de forma que se encuentre un hilo conductor que vaya enlazando suavemente el privilegio de la maternidad divina de María con los diversos estadios de su maternidad espiritual. Solamente así nos hallaremos ante la perspectiva global de todo el programa divino sobre María. Aparecerá entonces, a plena luz, la coherencia interna y la maravillosa concatenación que liga los distintos privilegios de la Santísima Virgen.

La existencia de una estrechísima asociación de la Virgen con Cristo, en toda la economía sobrenatural, es algo que hoy puede admitirse sin dudas, después de las múltiples afirmaciones que en este sentido nos ofrece el Magisterio ordinario de la Iglesia. Constantemente sale al paso, en los documentos pontificios, la existencia de esta especial asociación bajo los más variados nombres. Hay por consiguiente una explícita voluntad de Dios en hacer intervenir a María directamente, al lado de su divino Hijo, en toda la obra de vivificación sobrenatural de las almas. Que esta asociación la lleve a intervenir activamente en el acto redentor fundamental, de la muerte dolorosa de Cristo en la cruz, es algo que se desprende continuamente de los textos de los Papas. Queda solamente por investigar el modo seguido por la Sabiduría divina en aptar a la Madre de Dios para que pudiera con toda propiedad y aptitud ser Madre de los hombres.

Algunos autores se han contentado en buscar a esta capacitación de María para ser Madre espiritual una explicación psicológica. Estos autores ven en la caridad y plenitud de gracia, que la Virgen posee en virtud de su cualidad de Madre de Dios, como una disposición y casi exigencia a ser la Madre de los hombres. Nos parece que esta solución es verdadera, pero incompleta. Podría admitirse, a nuestro juicio, solamente en esta forma: Si Dios quiere que alguien colabore activamente con Cristo en la obra de la Redención, nadie posee mayores posibilidades que su divina Madre.

Esta aseveración es bien cierta, pero no basta para mostrarnos la íntima coherencia que, en la realización concreta actual, existe entre las dos Maternidades.

Nuestra opinión personal es de que Dios determinó que María recibiera — como don que la aptara para ser una digna Madre de Dios — una participación de las cualidades que son propias de Cristo por su Unión Hipostática. Es decir, que así como competen a Cristo la primacía sobre todo lo que es gracia, la cualidad de representar a los hombres ante Dios y la posibilidad de satisfacer por ellos, así también María hubiera recibido de Cristo, una como participación de su realeza, de su sacerdocio y de su capitalidad. Esta participación, que recibía María, se hacía como don que la aptaba para ser dignamente Madre del Verbo.

Admitida esta opinión — que tiene a su favor el testimonio de los Pontífices — en cuanto a la existencia en María de esta triple realidad participada de Cristo — el enlace que liga a las dos maternidades es intrínseco y connatural.

En efecto, las cualidades dichas que posee Cristo por ser Dios y hombre conjuntamente, son las que le constituyen en Redentor. Si María las recibía en participación, para ser digna Madre de Dios, se deduce que el mismo don que la constituye en Madre de Dios es el que la constituye en Corredentora, o asociada activamente en la obra redentiva de su divino Hijo. María, que empieza a ser Madre de los hombres en el momento de la Encarnación, tiene también que participar en la real salvación de los hombres obtenida en la cruz (realizando entonces plenamente su Maternidad universal de todos los hombres) y tiene que participar, asimismo, en la comunicación a cada individuo de la vida sobrenatural.

Tal es el conjunto de los elementos que integran el plan completo de la intervención de María en la Salvación de los hombres ejerciendo una función típicamente maternal. Plan que muestra la íntima conexión entre las dos Maternidades, que veíamos enunciada por los Papas, y que vemos ahora realizada en el desarrollo presentado, desarrollo que sigue la línea de las enseñanzas Pontificias.

El conocer los fundamentos de la Maternidad espiritual despertará en nuestras almas una confianza plena en esta prerrogativa mariana. Esta prerrogativa que Dios mismo ha escogido para su Madre. Este conocimiento servirá para robustecer la inclinación innata que sienten todos los cristianos, que se ven impedidos, por una fuerza interior, a vivir para con la Santísima Virgen en una postura de infancia espiritual. Infancia espiritual que es exigida por el Salvador como condición ineludible para entrar en la morada eterna: "En verdad os digo que si no os hicieris semejantes a los niños no entraréis en el Reino de los Cielos" (Mt. 18, 3).

Juan M.^a CASCANTE, Pbro.

FIN DE LA EDUCACION ESCOLAR: HACER VERDADEROS CRISTIANOS

Primera parte del fin: hacer verdaderos cristianos

Hacer "verdaderos cristianos" no es hacer hombres que sepan de coro unas oraciones o que hayan estudiado unos cuantos libros de Religión cristiana mayores que el Catecismo.

Los libros de Religión, la Summa de Santo Tomás aprendida de coro, bastan para hacer sabios teólogos, pero no hacen verdaderos cristianos. La instrucción religiosa es buena, necesaria, pero *insuficiente*:

"El verdadero cristiano — dice Pío XI en su Encíclica — debe vivir vida sobrenatural y obrar en todo conforme a la vida sobrenatural".

Para entender esta frase que contiene el fin de toda pedagogía cristiana, hay que meterse en ocultos senos de Teología, al repartir lo sobrenatural, o sea, la comunicacional. Entremos, pues, en el templo de la ciencia sagrada, mas por el atrio de la filosofía.

Enseña la filosofía que en el hombre se distinguen tres partes: la sustancia, las potencias y las operaciones. La Teología, al repartir lo sobrenatural, o sea, la comunicación de Dios al hombre, asigna la Gracia santificante a la sustancia del alma. El hombre con Gracia santificante, vive vida sobrenatural. El que por naturaleza es esclavo de Dios, por Gracia se torna hijo de Dios adoptivo; hijo y amigo. La Gracia es, como se ve, un gran tesoro. No hay perla más preciada en el mundo. Aunque todo el mundo fuese un diamante y se lo pudiese el maestro meter en la escuela, no tendría tesoro igual al que lleva uno de sus alumnos que está en Gracia. La Gracia vale infinitamente más que todas las perlas, es cierto; pero se lleva como éstas con peligro de perderla. Asentada como está en los entresijos del alma, es como si se llevase en la mano: un descuido — lo que llamamos un pecado mortal — basta para perder el tesoro.

Sigue la Teología repartiendo por el hombre lo sobrenatural:

A las potencias humanas, entendimiento y voluntad, asigna otra parte de la vida sobrenatural que son las *virtudes infusas*.

Todos sabemos lo que son virtudes naturales: unos hábitos o inclinaciones constantes que nos ayudan a hacer el bien: hábitos buenos operativos. Pues eso son las virtudes sobrenaturales, con la diferencia que en éstas el hábito o inclinación constante lo infunde Dios en las potencias, y que este hábito infuso da poder de hacer obras que nos salven; poder y facilidad. Con las virtudes sobrenaturales, teológicas y morales, no cambiamos la pista que

nos lleva desde la tierra hasta la visión de Dios en el Cielo. La estrechez, los abrojos, la abnegación, el camino en fin, no se puede cambiar. Pero si a este áspero camino, llevamos unas virtudes bien nutridas, bien desarrolladas, será como poner en mala carretera unas buenas ruedas y un poderoso motor. Todo se andará sin tropiezo, sin quebrantos. Por esto interesa, según nos enseña la ciencia teológica, tener dos cuidados sobre las virtudes: primeramente, conservarlas, y después aumentarlas. El mismo cuidado hemos de tener respecto a la vida de gracia: conservar y aumentarla. Conservar y aumentar es la obra del buen administrador de tesoros. El buen administrador de lo sobrenatural pone sus afanes en conservar y en aumentar la Gracia y las virtudes. Esta doble administración no es complicada porque el que conserva la Gracia, conserva las virtudes y el que aumenta la Gracia aumenta las virtudes.

Sobrenaturalizada la sustancia del alma y sus potencias, queda aún por hacer sobrenaturales los actos del hombre, es decir, las operaciones de las potencias. Para lo cual es necesario que procedan todos nuestros actos de moción divina y que vayan dirigidos a un fin sobrenatural. Obrar por fin sobrenatural, o sea, movidos por alguna verdad de las que nos enseña la Fe: para dar gloria a Dios, para asemejarnos a Cristo, para adquirir méritos.

Volvamos al fin de la educación, y a base de estas explicaciones, dejémoslo claro en las mentes de los educadores.

1. El fin del educador es hacer "verdaderos cristianos".
2. El verdadero cristiano es el que vive vida sobrenatural y obra en todo conforme a la vida sobrenatural.
3. Para lo cual se requiere vivir en Gracia santificante; tener las virtudes en las potencias del alma y finalmente hacer que todos nuestros actos se enderecen a dar gloria a Dios.

Explicado así el fin de la educación escolar, de niños y jóvenes, parecerá a algunos que estamos trazando para los maestros la senda de la Iglesia, y que nos afanamos por meter en las cabezas de los maestros, una preocupación educativa que es propia y exclusiva de los sacerdotes.

Que ése sea el fin de la educación, tan religioso, tan teológico, como queda dicho, que éstos hayan de ser los principales propósitos de los maestros vestidos de secular librea, nos lo inculca de nuevo Pío XI, al darnos con otras palabras, el fin de la educación cristiana en su Encíclica escolar: *"fin propio e inmediato de la educación es formar a Cristo en los regenerados con el Bautismo"*, o lo que es lo mismo, *"tomar la vida humana, sensible y espiritual,*

intelectual y moral, doméstica y social, para elevarla, regularla y perfeccionarla según los ejemplos de Cristo” (*Divini illius Magistri*).

Al árbol se le conoce por sus frutos. ¿Queréis conocer al educador de vuestros hijos? Examinad si en su escuela se pueden recoger en cada pupitre los frutos de la educación cristiana: “*un hombre sobrenatural, que piensa, juzga y obra constante y coherentemente según la recta razón iluminada por la luz sobrenatural de los ejemplos y Doctrina de Cristo*”. (*Divini illius Magistri*).

Hay muchas cosas en las conciencias de los maestros que merecen aplauso. Bien que los educadores quieran formar jóvenes que sean buenos ciudadanos, que sean honra y prez del patrio suelo, que recorran el dilatado dominio de la investigación, que sepan ganarse un porvenir, que sean hombres de carácter. Buenos son estos fines y bueno dedicar a cada uno un altar en la conciencia. Pero si sobre estos fines, dominándolos, no encontramos el fin principal de la educación, que es formar cristianos, tendremos que decir a los educadores que en su cabeza hay muchos ídolos, pero que falta el Dios verdadero; que han convertido su escuela en un templo, como el de Jerusalén, donde se venden palomas, pero no se adora a Dios; que son jardineros que cultivan robustos árboles no para dar frutos de salvación, sino para dar quizás leña al infierno.

Oigan los maestros la voz del gran Vives que parece un eco adelantado de las palabras de Pío XI. “*El padre — dice el gran humanista cristiano — al dedicar a su hijo a los estudios debe tener presente que éstos no constituyen un medio ni para lograr riquezas, ni para alcanzar honores, sino para hacerse mejores, para adquirir cada día una mayor virtud, único medio de acercarnos a la fuente de toda sabiduría y verdad que es Dios*” (1).

Segunda parte del fin: hacer perfectos cristianos

Ante la extrañeza que va a causar la exposición de la segunda parte del “fin propio e inmediato de la educación”, habría razón para detener una pluma que no estuviera puesta al servicio de la verdad cristiana. En punto al fin de la educación cristiana, la verdad entera es que el educador debe de tender a formar no sólo verdaderos sino *perfectos* cristianos. Lo dice con expresas palabras la Encíclica de Pío XI. El educador no es sólo un devastador de mármoles, Pío XI. El educador no es sólo devastador de mármoles, ha de ser un artista y hacer estatuas perfectas. La escuela ha de ser taller de hacer santos. Expresión que conviene entender sin metáfora: efectivamente el educador ha de hacer a los alumnos perfectos cristianos y al perfecto cristiano le llamamos santo. Ser santo es ser perfectamente educado. Lo afirma Pío XI cuando, después de haber pondera-

do a los santos como a los mayores bienhechores de la Humanidad, dice de ellos “que han alcanzado en grado perfectísimo la meta de la educación cristiana”. (*Divini illius Magistri*.)

No se puede dar al educador más sagrado oficio: no es el que hace el nicho; es el que hace el santo. Es oficio de sacerdote, es oficio del mismo Dios, que dirige todo su gobierno a formar cristianos y cristianos perfectos: *omnia propter sanctos*. Considerar al maestro únicamente como funcionario de la ciencia, es hacerle funcionario de cosas importantes pero no transcendentales; considerarle como plasgador de cristianos perfectos es hacerle ministro de las cosas de la Eternidad. A un maestro que cumple su misión le guardan la escuela los propios ángeles.

De lo dicho se concluye que el fin de la educación es *esencialmente religioso*. Los maestros laicos rasgarán sus vestiduras. No importa. La verdad que para regenerarse más necesita el mundo moderno descristianizado es ésta: la esencia de la educación, lo esencial de ella es la formación religiosa. Es enseñanza de Pío XI: La educación *esencialmente* consiste en la formación del hombre tal cual debe ser y cómo debe portarse en esta vida terrena para conseguir el fin sublime para el cual fué creado”. “La educación está totalmente ordenada al fin último...” (*Divini illius Magistri*). Estas palabras habría que ponerlas en altavoz y repetir las en las asambleas de los maestros católicos para que no eduquen con timideces y no se avergüencen de ser tildados de clericales y mogigatos ni de dar a sus escuelas la atmósfera del templo y a sí mismos el aire de sacerdotes. “La educación esencial consiste en formar el hombre *como debe ser* (Encíclica citada). El hombre no debe ser sabio, instruido, fornido, constructor de puentes, arquitecto de casas, médico de enfermos. Todas estas cosas *puede* serlas, pero no debe serlas. Sólo una cosa *debe* ser: buen cristiano, perfecto cristiano. Éste es el único *deber* del hombre: “*conformes fieri imagini Christi ejus*”; “*estote perfecti sicut Pater vester*”... El que cumple sus deberes religiosos y morales, aun siendo analfabeto, es un hombre como debe ser: es un hombre *esencialmente* educado. Las letras pertenecen a una educación menos importante, a esa educación que busca fines terrenos. La educación esencial “está íntima y necesariamente ligada con el fin último” del hombre, y enseña “cómo debe portarse (el hombre) en esta vida terrena para conseguir el fin sublime para el cual fué creado; “está totalmente ordenada al fin último” (*Divini illius Magistri*).

La educación en general y la educación — no lo olvidemos — de las escuelas.

Permítasenos poner tras el nombre de Pío XI un nombre tan profano como el de Herbart, quien en un arranque de sinceridad reconoce que todo en la educación se ha de convertir en servicio de la moral, la cual, naturalmente, no puede, en buena ética, separarse de la Religión. Dice el pedagogo racionalista: “El educador representa en el niño al hombre futuro; por lo tanto se ha de proponer en su acción educativa los fines que el niño se propondrá cuando mayor... El círculo de los futuros fines del educando se nos ofrece reducido a dos grupos: el de los *fines*

(1) Cf. B. ALBERCA, *Luis Vives y la Universidad*, en “Atenas”, 1943, núm. 135, pág. 196.

puramente eventuales, que tal vez algún tiempo querrá obtener y proseguirlos en mayor o menor escala y el de los *finés necesarios* de los que nunca podría perdonarnos haber prescindido. En otras palabras, el fin de la educación se divide en dos partes: *finés arbitrarios* (no conforme al arbitrio del educador ni del niño, sino del educando llegado a mayor edad) y *fin moral* (del que nadie, en ninguna condición, podrá prescindir, por fundarse en la misma invariable naturaleza racional" (2).

Otros fines de la educación

De lo que llevamos dicho, nadie concluya que en los centros educacionales, en las escuelas, sólo puede abrirse el Catecismo. En las páginas precedentes hemos indicado el fin primario y esencial de la educación. Ahora debemos señalar otros fines accidentales hablando de la educación en general, o del hombre en cuanto a sus fines últimos, pero también importantes — e incluso esenciales — tratándose de la educación del escolar.

Pío XI, nuestro guía en la explotación de estas tierras tan mal conocidas de la educación, señala a la educación fines intrascendentes, temporales: otros fines además de los religiosos. Y así pondera "la insuperable excelencia de la obra de la educación cristiana por ser la que atiende en último término, a asegurar la consecución del Bien Sumo, es decir, de Dios, a las almas de los educandos y el máximo bienestar posible en esta tierra a la sociedad humana". Con lo cual el Sumo Pontífice nos enseña que la educación escolar tiende a un fin religioso y a otro temporal que consiste en que el individuo y la sociedad obtengan también la felicidad de este mundo.

Por tanto no sólo habrá que educar al escolar en la vida espiritual, sino también en su vida humana tanto individual como social. "La educación — insiste Pío XI — abarca a todo el hombre individual y social, en el orden de la naturaleza y en el de la Gracia".

No somos enemigos de la educación de la naturaleza humana. Con relación al cultivo de las ciencias y artes, con que se educan las facultades nobles de esta naturaleza, los católicos tenemos fijado un criterio de simpatía en la Encíclica *Divini Illius Magistri*: "Tan lejos está la Iglesia de oponerse al cultivo de las artes y de las disciplinas humanas que de mil maneras lo ayuda y lo promueve. Porque ni ignora ni desprecia las ventajas que de ellas provienen para la vida de la Humanidad; antes bien confiesa que ellas... rectamente tratadas, conducen a Dios con la ayuda de su Gracia".

Pensar que ponerse al servicio de la educación cristiana es hacerse enemigo de las letras y ciencias humanas y convertirse en maestro de analfabetos, es ponerse en desacuerdo con el Concilio Vaticano que afirmó el mu-

tuo y perfecto acuerdo de la Fe y de la Ciencia, del cristiano y del científico; es — ¿por qué no decirlo? — atizar en el fuero de la conciencia esa fantástica y absolutamente ficticia hoguera de la inquisición religiosa, que condena a las llamas a todo libro que no trate de Dios.

El Cristianismo se gloria de ser el servidor de Dios que ha avivado en la Historia europea la llama del humano saber. Si algún reproche se pudiera formular a los cristianos es el haberse dejado influir en demasía por los moldes educacionales griegos que dominaban en el Imperio romano en los primeros siglos del cristianismo. De allí derivamos un afán; a veces desmedido, por el cultivo de las letras — de las formas expresivas — con detrimento del cultivo de las ideas cristianas. A veces se ha leído más a Cicerón que la Biblia, Cervantes que San Pablo (3).

Menos que de las ciencias, las letras o las artes hemos sido o somos enemigos de la formación humana de la voluntad que consiste en que la voluntad quiera de una manera constante los objetos que la razón presenta como buenos. Sabemos muy bien cuánto gana una voluntad ejercitada en las virtudes naturales que llaman los teólogos adquiridas, para practicar las virtudes sobrenaturales llamadas "infusas". Las virtudes naturales tienen la propiedad de hacer fáciles los actos virtuosos porque quitan o disminuyen los hábitos viciosos contrarios que son los que hacen dificultosos, pesados, enojosos, los actos de la virtud. Aunque no tuviesen más ventaja estas virtudes naturales, ya harían magnífico servicio a las virtudes sobrenaturales: les trillarían el camino del bien librándolas de las repugnancias, de las resultas de las fieras concupiscencias. De tierra de misiones tomaremos el ejemplo que nos haga entender los beneficios reportados por las virtudes naturales. Hay allí un joven que por miedo de perder la salud, o por otra razón humana, guarda castidad habitualmente. Tiene la virtud natural de la castidad. El misionero lo bautiza: se le infunde la virtud sobrenatural de la castidad. En adelante el joven tendrá doble propensión a ser continente — una adquirida naturalmente, otra sobrenatural — y lógicamente tendrá menos tentaciones de la concupiscencia que otro bautizado sin el hábito natural de la castidad.

Resumiendo nuestro pensamiento: la educación también tiene por fin educar el entendimiento del alumno por la adquisición de los saberes y su voluntad por el ejercicio en los hábitos del bien que llamamos virtudes naturales.

Y aún no se han agotado los fines de la educación ni las preocupaciones del educador. Hase de formar al educando en el cuerpo y en el alma, en lo apetitivo y en lo cognoscitivo. Pertenece a la educación el desarrollo ordenado y armónico de todas las facultades del hombre, particularmente las facultades específicamente humanas: el entendimiento y la voluntad.

Alejandro Díez-MACHO, M. S. C.

(2) Cit. por FRANCISCO BLANCO NÁJERA, *El Derecho Docente de la Iglesia, la Familia y el Estado* (Linares, 1934), pág. 236.

(3) Cf. EDWIN HATCH, *The influence of Greek ideas on Christianity* (New York, 1957), p. 49. Aunque en muchos puntos el autor es francamente tendencioso e inaceptable, en el capítulo de la educación nos parece acertado.

AL TERMINO DEL AÑO 1958

Sin nuevos desasosiegos terminó 1958, año es cierto de graves preocupaciones, pero no de problemas irremediables. Los más destacados que se plantearon en su curso, en realidad no han hallado solución; quedaron diferidos en el lento caminar de los hechos políticos, que un año va endosando a otro, siempre bajo la amenaza de la catástrofe bélica. Los temas de polémica vienen siempre a ser los mismos, a manera de constante de las diversas fricciones que erizan el panorama internacional. Oriente, Occidente y los países árabes han acaparado una vez más la atención expectante de los hombres responsables o simplemente inquietos del porvenir del mundo.

La unidad del bloque oriental, siempre bajo el imperio de una férrea disciplina, que cuando es preciso se convierte en terrorismo, se ha mantenido. Krushev afianzó su posición de dirigente único en Rusia, eliminando de un modo contundente a los que con él constituyeron el gobierno colegiado que sucedió a Stalin. Bulganin fué apartado de su lugar prominente como antes lo habían sido Malenkov, Kaganovich, Molotov y Zukov, reuniendo a su alrededor el nuevo jefe a hombres en curso ascensional, como Mikoyan, o a otros de sabor técnico, como por ejemplo a Gromyko, antiguo experto en el campo de la diplomacia. La posición de Krushev, sin embargo, no goza de igual solidez dentro del seno del comunismo internacional, sujeto a más variadas influencias, en especial de Mao, que se dejó sentir en algunas ocasiones, aun cuando últimamente parece declinar.

La política exterior rusa tendió como siempre a la creación de situaciones agudas con las cuales forzar la claudicación de los occidentales, intentando ganar posiciones donde ello fuera posible, a la vez que se procuraba expulsar a aquellos de otras que les pertenecían. La agita-

ción nacionalista árabe, sirvió de lugar apropiado donde pescar en río revuelto, aun cuando los resultados hayan ofrecido un margen menos considerable que el que en un principio se apetecía. Los vehementes deseos de Krushev de celebrar una conferencia del máximo nivel, se sustituyeron por una política de mayor endurecimiento, ante las presiones, se dijo, del aliado chino. La consecuencia ha sido, después de intentar un infructuoso desplazamiento de la zona de agitación al extremo oriente, el planteamiento de una de las cuestiones más vidriosas que puede darse en la Europa de la hora presente: la denuncia del estatuto de Berlín, para acabar con el vigente régimen de división de zonas, crear una ciudad libre, bajo la protección de los dos gobiernos alemanes, que dada la situación geográfica de la ex capital alemana equivale a entregarla al dominio comunista.

La reacción de las potencias occidentales como la de la propia Alemania federal ha sido categórica en el sentido de defender por todos los medios el *statu quo* actual. Rusia prosigue en sus amenazas y desde luego es de prever que la cuestión berlinesa dará amplio juego en el curso del año 1959, si bien la capacidad ofensiva de los nuevos armamentos americanos y el desarrollo de sus experiencias en la estratosfera pueden frenar considerablemente las exigencias rusas y acomodarlas a soluciones razonables, salvo que puedan tomar de nuevo los rusos la iniciativa en dichos terrenos como en un principio consiguieron.

La relativa firmeza de Occidente en política exterior, tanto más acentuada cuanto mayor es la amenaza que se cierne, no responde a un criterio y menos a una actuación de unidad entre los varios Estados europeos y entre ellos y los Estados Unidos de América. Las cuestiones económicas son motivo de que con fre-

cuencia anden a la greña. Y así vemos que mientras en la O.T.A.N. se consiguen resultados aparentemente positivos, el incipiente movimiento de unidad económica europea da lugar a disensiones entre Francia y Alemania, cada día en plano de mayor compenetración, de un lado, e Inglaterra, de otro, aunque a la larga acababan entendiéndose como ha ocurrido con el reciente acuerdo monetario, acontecimiento de final de año.

La organización de las Naciones Unidas sigue siendo el magnífico escenario donde se plantean toda clase de querellas mundiales sin prácticamente resolverse ninguna, principalmente por tratarse de cuestiones que derivan de viejos pleitos de reivindicación nacionalista, que los Estados interesados tienen buen cuidado de sustraer del ámbito internacional, so pretexto de que afectan a problemas de política interior. En el área de las realizaciones positivas cabe destacar los esfuerzos llevados a cabo para resolver la crisis del Oriente medio en el pasado verano, siempre con sentido de temporización, pues no hay que olvidar la situación de privilegio que dentro de las Naciones Unidas goza el grupo afro-asiático, unido e intransigente, pero fácil siempre a la seducción por cualquiera de los otros bandos en pugna en el seno de la organización internacional.

En política interior de América, la administración republicana sufrió un importante revés en las elecciones legislativas y para gobernadores de los Estados federados, que oportunamente se comentó en estas columnas. Argentina, liquidado en apariencia el régimen peronista, logró en unas elecciones no discutidas la designación de un Presidente por amplia mayoría nacional, que el elegido doctor Frondizi quiso interpretar como un gesto de reconciliación, si bien la realidad ha dejado bastante alejados aquellos propósitos, porque bajo la presión de la crisis económica se pro-

dujeron sucesos que comprometieron la estabilidad del gobierno recién instaurado, mientras en otro aspecto otros movimientos de tipo sectario han impedido superar antiguas discriminaciones culturales. Otras naciones sudamericanas, como Chile y Colombia, han procedido por medios pacíficos a la elección de sus Jefes de Estado.

Por lo que afecta a Europa, cabe destacar el franco declive comunista y el robustecimiento del principio de autoridad en alguno de sus Estados. El Canciller Adenauer vió confirmada por el pueblo su política, que tiende cada día más al mejor entendimiento con las otras naciones europeas, en particular Francia, como antes indicábamos. En Bélgica, con una derrota completa del comunismo, triunfaron los cristiano-demócratas, que gobiernan en coalición con los liberales. Italia celebró también elecciones generales y aun cuando los comunistas y sus compañeros de viaje, los socialistas de Nenni, mantienen su influencia, la democracia cristiana logró un destacado triunfo, que si no alcanzó la mayoría absoluta, dejó en situación preponderante a dicho partido, si bien últimamente dimensiones internas en su seno amenazan perturbar la solidez de dicho baluarte, que tan grandes servicios ha prestado a la Italia resurgida de la catástrofe de la guerra. Tendremos ocasión de comentar en algún otro número los pormenores de la política italiana. Francia, liquidada su ineficaz quinta república, ha instaurado un nuevo sistema autoritario y democrático a la vez, bajo la égida del general Carlos de Gaulle, sobre el que pasamos por alto por haber ocupado recientemente y con extensión el comentario de estas páginas.

Queda por mencionar el llamado mundo árabe para terminar este incompleto resumen sobre los acontecimientos más destacados del finido año 1958. Ante todo resalta la falta de unidad entre los varios Estados de formación musulmana comprendidos entre el Pakistán y Marruecos, por

citar sus límites extremos. Pueden señalarse varios grupos: a) los que tienen convivencia amistosa con los Estados occidentales y prácticamente gravitan dentro de su órbita, tales como el Pakistán y Turquía, con Persia sobrevivientes del fenecido pacto de Bagdad; b) los anti-occidentalistas, como son la R.A.U., y en cierto modo el Irak, cada día con más tendencia hacia la órbita rusa; y c) los decididamente nacionalistas, pero no sujetos al dominio o influencia de Nasser, en un matiz que de más a menos comprende la Arabia Saudita, el Líbano, Jordania (sostenida primero por las fuerzas inglesas y luego por el miedo), Irán, Afganistán, Libia, Marruecos y Túnez, el más distanciado del gobernante egipcio, sin contar a Argelia, cuya situación especial no permite tomarla en consideración como Estado independiente, a pesar de su gobierno en el exilio.

En la primavera y principios de verano la situación del Oriente medio llegó ser en extremo amenazadora, ante la fuerte presión de la R.A.U. para acabar con la independencia del Líbano y Jordania, o cuando menos para conseguir que dichos Estados, variado su régimen político, entraran en el seno de aquella República. A mediados de julio hizo crisis aquel estado de cosas, estallando una breve, cruenta y eficaz revolución en el Irak, que dió al traste con la monarquía hachemita del rey Feisal, víctima de la insurrección como su tío, heredero y ex regente Abdul Illah y el primer ministro Nuri es Said, llamado el hombre fuerte de Oriente. Le sustituyó un régimen militar acaudillado por el general Zassim, que sigue en el poder, sustraído a la influencia nasseriana, a cuyos partidarios alejó de la gobernación del país.

Inglaterra, perteneciente al pacto de Bagdad, última fase de su pasada influencia en el Oriente medio, acudió en auxilio del Rey Hussein, de Jordania, federado con su derrotado primo Feissal, y lo sostuvo in extremis. Los Estados Unidos hicieron lo propio con el Presidente Chamun, del

Líbano, y de momento se restableció el equilibrio en aquellas agitadas regiones. Luego la O.N.U. después de las elecciones que dieron nuevo Presidente al Líbano, pactó una retirada de las fuerzas ocupantes, y hoy día la situación sigue estacionaria, sin que nuevos disturbios hayan perturbado la efímera paz de que gozan aquellos países. Jordania, no obstante, sigue amenazada, pero el miedo a que su reparto origine un conflicto, y al temible vecino, Israel, hacen que por ahora se respete su precaria independencia.

Rusia, como en precedentes ocasiones, alentó externamente a Nasser, pero todo se redujo a simples manifestaciones verbalistas, excluído un resultado tangible en favor suyo. Tampoco brilló sobremanera la posición occidental, pero fué lo suficientemente eficaz para evitar la absorción de aquellos Estados y mantener parcialmente su decaído prestigio en aquellas regiones, que les son tan necesarias por el petróleo que de ellas se obtiene, sino en los dos países objeto de ocupación en los que les son vecinos.

La Iglesia Católica también sufrió los avatares del tiempo en el finalizado año. Dios llamó al Cielo al gran Pontífice Pío XII, que la humanidad entera sin distinción de razas ni religiones ha llorado como se llora la pérdida de un verdadero padre. Más la Iglesia por voluntad de su divino fundador ha de prevalecer hasta la consumación de los siglos y no puede permanecer huérfana de pontífice, que es el Vicario de Cristo en la tierra. El Conclave, supremo Senado eclesiástico, eligió Papa a Su Santidad Juan XXIII, cuya paternal mirada ilumina los dos últimos meses la vida de la Iglesia y del mundo entero. Sus rasgos de bondad y de pastor se acentúan cotidianamente y así lo hemos visto en la reciente Navidad visitar los hospitales y la cárcel para llevar el mensaje de paz a los hombres de buena voluntad y a los desvalidos que lloran y gimen en este valle de lágrimas.

Jorge GALBANY

EUROPA 1959

El principio de las nacionalidades

Parece ser que fuera Madame Staël quien, a fines del siglo XVIII, señaló el término *nacionalidad* como el más apto para designar "el conjunto de características de raza, lengua, religión y cultura por las que un pueblo toma conciencia de su propio ser, frente a otros que le rodean".

A principios del XIX, partiendo de ese concepto, se estableció el llamado *principio de las nacionalidades* que, completándose con las ideas de Herder sobre el alma popular creadora de una civilización propia y el *hecho diferencial*, había de ser la base para la política desintegradora que a lo largo de ese siglo hizo desaparecer estados y comunidades.

Este principio fué invocado por vez primera en el Congreso de Viena, reunido para tratar de reparar los destrozos causados en el mapa de Europa por Napoleón.

Pero de los destrozos napoleónicos uno fué irreparable: el Sacro Romano Imperio.

Del siglo IX al XIX, de Roma a París

Diez siglos justos mediaron entre el principio y el fin de esa Comunidad internacional.

Mil años van desde aquel día de Nochebuena del año 800 en el que León III, en Roma, ciñera la corona de oro sobre las sienes de Carlomagno, Rey de francos y de lombardos, que la recibió entre sorprendido e indigno, y aquel otro día, también de diciembre, de 1804, en el que Napoleón, pretendiendo restaurar el Sacro Romano Imperio en su persona, tras obligar a Pío VII a ir a París, entre exigente y orgulloso, tomándola con sus manos se puso el mismo la corona.

Lo que comenzara con un acto de cristiana humildad acababa con un acto de pagana soberbia. Carlos había ido a Roma para ayudar a León III a conservar sus Estados.

Napoleón trajo a París a Pío VII para arrebatárselos.

Otros ciento cincuenta años

En los albores del pasado siglo fenecía aquella Comunidad cristiana y europea. Siglo y medio después, pudiera estarse en los comienzos de una nueva unión europea.

Del estudio de la historia de ese lapso de tiempo creemos poder inferir que el principio de las nacionalidades no ha conseguido ser la fórmula que se esperaba para dibujar fronteras definitivas.

Desde Napoleón hasta Hitler no es mucha la consideración que ha merecido.

Tras ciento cincuenta años de luchas y divisiones, llegamos ahora a éste 1959 en que algo nuevo quiere surgir.

Franco, lombardos y germanos, otrora unidos bajo el signo de la Cruz, ahora pretenden borrar fronteras con la divisa de Mercurio.

Inquietud unificadora

Algo de conveniente y hasta quizá de necesario debe de haber en ese intento cuando desde campos tan dispares ha sido tema de estudios o de propósitos.

Desde el brutal y absorbente propósito comunista, hasta el prudente y respetuoso estudio cristiano del problema, hay toda una gama:

Unificación comunista

El comunismo, como bien es sabido, tiene por principio un ideal de unificación mundial. Aspira a una república universal de pueblos soviéticos.

Eso en la teoría. En la práctica también desea esa unificación, solo que de distinta manera: mediante la total y absoluta sujeción al dominio de Rusia.

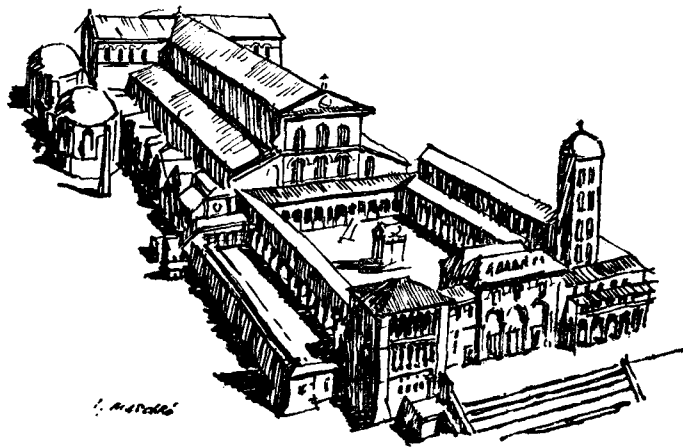
Unificación socialista

La última postguerra trajo como secuela una especie de epidemia socialista.

El socialismo estuvo en auge por doquier, lo que les hizo creer que sólo el socialismo podía salvar al mundo, que una nueva era de estatismo socialista se avecinaba.

Así creyendo, necesariamente habían de creer que esa Unión Europea de que ya se empezaba a hablar, sólo el socialismo podría lograrla.

El proceso a seguir les parecía fácil, elemental: socializar primero las economías de cada uno de los países



Antigua Basilica de San Pedro. Roma

por separado para, después, a través de la Internacional socialista, eliminar las fronteras, llegar a la Unión Europea socialista.

Naturalmente no siendo socialista no podían admitir ninguna otra fórmula de unión. De ahí que, en su época, los Atlee, Schumacher, Saragat o Blum los laboristas y los socialistas alemanes, italianos o franceses fueran un obstáculo constante para los intentos unionistas.

Unificación cristiana

En nuestro número de octubre acaba de ser tema de la revista el pensamiento de Pío XII sobre la Unión Europea, al que, para no repetir, nos remitimos.

Para establecer matices y diferencias queremos, no obstante, señalar lo que estimamos ser la síntesis del mismo: La primacía de lo espiritual y el respeto a las características peculiares de cada cual.

Así en alocución del 15 de marzo de 1953 decía "por encima del fin económico y político debe estar la defensa de los valores espirituales que en otro tiempo constituyeron la base y fundamento de su existencia"; y reitera la idea en noviembre de 1957 al decir que la sociedad europea que se elabora debe estar "convencida de la primacía de lo espiritual sobre las formas más elaboradas de la organización técnica".

En el discurso de 13 de junio de 1957 al Congreso de Europa indicaba que "hay que garantizar, en una comunidad supranacional, el respeto a las diferencias culturales".

La discordia en cifras

Aun cuando procuramos, por principio, rehuir cifras y estadísticas, en ocasiones son tan elocuentes que cuesta sustraerse a mencionarlas.

Ese antagonismo secular entre Alemania y Francia que, inspirado y estimulado por y para los fines de quien sea, ha venido siendo cual norma de una política continental durante setenta años, ha conducido a tres guerras en tres generaciones y ha causado millones de muertos:

En 1870-71, 22.000 muertos (7.000 alemanes y 15.000 franceses).

En 1914-18, 3.100.000 muertos (1.860.000 alemanes y 1.340.000 franceses).

En 1939-45, 3.045.000 muertos (2.800.000 y 245.000 respectivamente).

Diremos, en fin, para dar una idea de la terrible carnicería de la última contienda que, sólo en Europa, entre civiles y militares, pasaron de los 45 millones el número de muertos.

Pío XII y Churchill

En 1923, el Conde Coudenhove Kalergi, fundador del primer Movimiento Paneuropeo, con certera visión afirmaba:

"La causa de la decadencia de Europa es política y no biológica. Europa no muere de vejez; muere porque sus habitantes se matan entre sí y se arruinan con ayuda de todos los recursos que pone a su disposición la técnica moderna."

Conocedor de la obra de Kalergi, seguramente tendría presentes estas palabras Sir Winston Churchill cuando, en 1946, en su discurso de la Universidad de Zúrich, señalaba que un hecho nuevo había de ser la base



The Boverly Saving Bank. New York

para la unificación europea: La desaparición de la pugna entre Alemania y Francia.

Doce años después, alboreando esa unificación, el General Jefe del Gobierno francés recibía cordialmente en Francia a Adenauer y luego el Médico Presidente del Gobierno alemán llevaba amistoso del brazo en Alemania a De Gaulle.

También Pío XII, en su discurso de noviembre de 1957, tras afirmar que todo un cúmulo de razones invitaban a las naciones de Europa a federarse, indicaba que "...la Europa maltrecha y aminorada siente la necesidad de unirse y poner fin a las seculares rivalidades...".

Los primeros pasos

Siendo conocidas y habiéndose aludido a ellas tantas veces en la prensa de estos días, no vamos a entrar a analizar cada una de las diversas formas de asociación vigentes entre los Estados europeos. Tan sólo sucintamente haremos referencia a algunas.

La primera en nacer fué la CECA, la Comunidad del carbón y del acero, que pareciendo de difícil logro al tener que aunar intereses contrapuestos, viene funcionando normalmente, estableciendo el libre tráfico de los dos básicos productos entre sus asociados.

Luego están la Unión Europea y el Mercado Común.

La Unión Europea

A diferencia del segundo que, como veremos, es marcadamente económico, la Unión Europea es de carácter principalmente político y técnico.

Realiza una función coordinadora y tiende a facilitar los intercambios.

Ha alcanzado la supresión primero de visados y luego hasta de pasaportes en cuanto a las personas; para los automóviles ha suprimido hace poco el carnet internacional.

Salvo la declaración del tabaco y los licores, los ciudadanos de los países firmantes pasan prácticamente las fronteras sin apenas apercibirse.

Cuando se ven esas largas y desalentadoras colas de futuros visitantes ante nuestros Consulados no se puede por menos de pensar cuán

grato ideal sería poder alcanzar algo semejante.

El Mercado Común

Seis países, tres Monarquías y tres Repúblicas, el día 1.º de enero iniciaron el camino hacia un nuevo intento de unidad: Una comunidad con más de 160 millones de habitantes y la mayor concentración industrial del Continente, hecha exclusión de Rusia.

Cuatro países con mayoría católica y dos con mitad católicos y mitad protestantes, presididos por el vello-cino de oro y bajo el signo de Mercurio, se han agrupado para intentar una especie de fusión económica en cuanto a moneda, mano de obra, comunicaciones e intercambio de mercancías. Ello habrá de ser en forma progresiva y en un plazo de doce años.

Para empezar, el primero de estos meses, han reducido sus tarifas aduaneras en un 10 por ciento y han incrementado los contingentes importables en un 20 por ciento.

Competencia federada y libre competencia

Para ingresar en el Mercado Común la consigna es aceptar el libre juego de la competencia. Sus miembros han de coincidir en rechazar los monopolios, las intervenciones estatales y el control unilateral de divisas.

Aparte Rusia, hoy en día, esos principios son reconocidos por la casi totalidad de los países europeos libres. Sin embargo, Inglaterra, la adalid de los mismos, atada por el Tratado de Otawa con los países de su antiguo Imperio a los que da y de los que recibe especiales privilegios aduaneros, no puede integrarse en el Mercado Común.

Al no poder hacerlo trata de arrojarse un nuevo bloque que, al menos en parte, le ayude a contrapesar el anterior. Con Escandinavia, Suiza y Austria, cuatro países de mayoría protestante y dos de minoría, desearía constituir el Mercado número dos.

En pos de la libre competencia, iríamos hacia la competencia federada.

De la Democracia pura

No ha mucho, apenas catorce años, tres grandes países, inspirados por sus más puros principios democráticos, se erigieron en dictadores del mundo.

Rusia, EE. UU. e Inglaterra, por sí y ante sí, con democrática omisión de las particulares opiniones de los demás, declararon buenos y malos, partieron y repartieron países y territorios.

Democráticamente intentaron crear las "zonas de influencia". El 9 de octubre de 1944 el Jefe del Gobierno inglés envió a Stalin un papel con el siguiente reparto de los Balcanes:

Rumania. — Rusia el 90 por ciento; Inglaterra-EE. UU., el 10 por ciento.

Bulgaria. — Rusia el 75 por ciento; Inglaterra-EE. UU., el 25 por ciento.

Yugoeslavia. — 50 y 50 por ciento.

Hungría. — 50 y 50 por ciento.

Grecia. — Rusia el 10 por ciento y los otros el 90 por ciento.

Con perfecta indiferencia a cuanto pudieran pensar rumanos, búlgaros, húngaros o griegos, la oferta no podía ser más generosa.

Stalin, ladino, dió su aprobación. Tres meses después hacia estallar la guerra civil comunista en Grecia y, algo después, elevó por propia iniciativa al 100 por ciento su influencia en los cuatro países restantes.

Así brindado y así arrebatado se formó el primer Mercado Común ruso con esas cuatro naciones.

Tras el primero, el segundo

Si Churchill, teorizando, llegó a decir que si era preciso para vencer estaba dispuesto a aliarse con el mismísimo diablo, Roosevelt, la funesta figura de nuestro siglo, procuró reducirlo de la teoría a la práctica.

Como secretamente confió a Stalin, Roosevelt, traicionando a Francia, su aliada, decidió separarla de Indochina. Cuando De Gaulle le pidió barcos para transportar allí tropas con que reconquistarla, reconquista contra los secuaces de Stalin, le dijo que no tenía barcos para prestarle.

Con la excusa de acabar con el im-

perialismo francés lo que hizo fué incrementar el ruso.

Traicionando, Roosevelt, a su aliada Inglaterra, según documentos de Yalta publicados en 1955 por la Secretaría de Estado de EE. UU., también hizo confidencia a Stalin de su intención de arrebatarle la plaza de Hong-Kong, clave del imperio comercial de Oriente. No lo logró.

Con traición, por fin, al cuarto "grande", a su aliada China, ofreció a Stalin retirar su apoyo a Chang Kai Check y dejarle libre el camino en China, si entraba en guerra con el Japón.

Mediante una guerra simbólica de diez días, Roosevelt permitió que Rusia creara su segundo Mercado Común, con China.

Unidad y Paz

Empezamos el año de gracia de 1959. Con él da comienzo al experimento de esa nueva posible unidad europea. Buen augurio es el reciente acuerdo adoptado por la mayoría de los países europeos sobre la libre convertibilidad externa de las respectivas divisas. Salvo las naciones de allende el telón de acero, Europa ha vuelto a una normalidad desconocida desde hace más de cuarenta años.

¿Llegarán a ser ese Mercado o Mercados base y principio de una auténtica unidad?

De otra parte, para Rusia, una Europa dividida y con enconadas rencillas sería mucho más fácilmente sovietizable que una Europa acorde y bien unida. ¿Qué hará Rusia para entorpecer tales intentos de unión?

Rusia dice que Berlín puede ser causa del inicio de una guerra y Estados Unidos afirma que si es preciso para mantener Berlín hasta la guerra está dispuesto a llegar.

Con aquellos precedentes y ante tan oscuras y turbulentas perspectivas para el año que comienza se habría de meditar intensamente la exhortación que constituye el núcleo del primer y reciente mensaje de Navidad de S. S. Juan XXIII: Unidad y Paz.

Fernando SERRANO

Las Paradojas del Dr. Jivago

En los comienzos del relato, un niño experimenta la fe, su fe, una fe viva, vivísima. Es tanta, que inmoviliza con su voluntad un árbol de ramas ágiles. Pensamos en seguida en la poesía de Pasternak a la higuera maldita, aniquilada y encogida a la maldición de Cristo.

El tema de comunismo y cristianismo en Pasternak es delicado en extremo. ¿Hasta qué punto Pasternak puede ser un cristiano? ¿Hasta qué punto continúa siendo un comunista? ¿Hay una frontera donde acaba una profesión para entrar en la otra, o hemos caído en un *glacis* — defensivo, ofensivo — y este *glacis* se llama Pasternak?

Porque de un lado he de reconocer que el espectáculo dramático del pueblo ruso bajo la Revolución — que es para mí la esencia de ese gran drama, más de masas que de personas — no resulta una tentación. De otro, la devoción a Cristo no aparece abiertamente más que en la poesía: en la prosa surge tapada por velos pesados que desfiguran la Divinidad.

Pasternak puede ser comunista — así lo supongo — por su fe en la historia, por su idolatría de la historia humana. Todas las censuras que sugiere el caos en que sume a Rusia la Revolución, se desvanecen ante la explicación de que es una necesidad histórica. — Jivago será así solamente aquel personaje que ha sido incapaz de adaptarse a esa necesidad erigida por la historia en constante creación —.

Pero también al Cristianismo parece asomarse Pasternak a través de la historia. Así dos posiciones tan irreconciliables, como cristianismo y comunismo, le nacen paradójicamente a Pasternak de la misma fuente. Un personaje observa: “Decía que hay que ser fieles a Cristo. Me explicaré mejor. Usted no comprende que se puede ser ateo, no saber si Dios existe ni por qué, y al mismo tiempo saber que el hombre no vive en la naturaleza, sino en la historia, y que, en el concepto que se tiene hoy de ella, ha sido fundada por Cristo, que el Evangelio es su fundamento.”

Es un riesgo gravísimo la exaltación de la figura de Cristo desde el plano exclusivamente humano. De Redentor, de Hijo de Dios, pasa a ser el fundador de las sociedades que viven históricamente, un judío de una poderosa fuerza creadora que suprime el concepto de pueblo para crear el de personalidad.

En esta concepción no falta la ambigüedad. “Agitábase los hombres y se afanaban movidos por el mecanismo de sus respectivas preocupaciones. Pero ningún mecanismo hubiera funcionado si su regulador fundamental no hubiera sido un sentimiento de suprema y fundamental indiferencia. Esa indiferencia dada por el sentimiento de la relación que une las existencias humanas, por la certidumbre de su comunicación recíproca, por la sensación de felicidad que nace de la idea de que todo cuanto ocurre no se cumple sólo sobre la tierra donde se sepultan

los muertos *sino también en otro lugar, en ese que algunos llaman reino de Dios, otros historia y otros de un modo distinto*”.

“La cuestión reside — dice un personaje — en que durante siglos, no el palo, sino la música, ha colocado al hombre por encima de la bestia y lo ha elevado: una música, la irresistible fuerza de la verdad desarmada, el poder de atracción del ejemplo. Hasta ahora se consideraba que lo esencial del Evangelio eran las máximas reglas morales contenidas en los mandamientos, mientras que para mí lo principal es que Cristo habla con parábolas extraídas de la vida diaria, explicando la verdad a la luz de la existencia cotidiana. La base de esto es el concepto de que la comunión entre los mortales no acabará nunca y la vida es simbólica porque tiene un significado”.

Se advierte en seguida la peligrosidad de una tal secularización del Cristianismo. El Cristianismo en un elemento fundamental de la historia; pero carente de toda sobrenaturalidad. Cabe incluso hablar indistintamente de historia o reino de Dios. El reino de Dios del Evangelio no sería así más que la aparición de la historia, inexistente antes de Cristo.

Historia, para Pasternak, es una búsqueda, o mejor una solución al problema de la muerte. Todos los avances, todo el progreso se hallan disparados hacia este problema. Y hay un momento en que el doctor Jivago, ante una moribunda que pide la confesión, declara su interpretación terrenalista del dogma de la resurrección de la carne.

El Evangelio y los dogmas han sido reducidos históricamente, secularizados; y en esto consisten las que algunos cronistas llamaron emocionadas alusiones de Pasternak al Cristianismo: en referencias más de daño que provecho.

Claro que de las poesías insertadas al final del volumen se desprende un sincero calor religioso; pero esto, sin excluir el soplo de la Gracia, puede deberse a la misma insuperable alteza de la inspiración poética, así como a la proteica capacidad de los poetas para sentir las músicas más dispares.

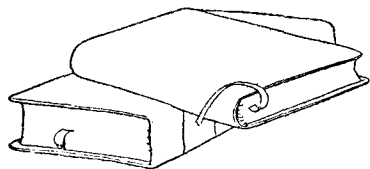
El protagonista, el *ejemplar*, es fundamentalmente amoral. Su amor con Lara no es, en términos legales y cristianos, más que adulterio, vulgar y execrable adulterio. Dice Moravia que la revolución se encarga de destruir esos amores. No es la Revolución, sino las circunstancias creadas por ella. Pero, si fuera la primera, en eso nada tendríamos ahora que reprocharle. El doctor Jivago debía fidelidad a Tonia, su ausente esposa.

Jivago, bigamo reincidente, no es precisamente un dechado de moral. Y el episodio de Lara es una exaltación del pecado, un verdadero repique de campanas celebrando el adulterio.

Creo que este episodio — dígame lo que se quiera — no forma parte de la esencialidad de la novela. La novela se

mueve sobre un cañamazo de casualidades y coincidencias, que tienen la técnica de una novela bizantina. Nos parece perfectamente casual — aunque literariamente premeditada — la reaparición de Pacha, convertido en Strelnikov, como la de Pamfil, que había aparecido mucho antes y es el matador de aquel joven comisario que intenta devolver a su deber a los soldados por medio de arengas.

Como el escenario del doctor Jivago comprende amplísimas zonas de Rusia y Siberia, y no se podía prescindir de la continuidad en los personajes, estos salen, con movimientos hábilmente provocados no por la vida, sino por la trama, en los momentos oportunos.



BIBLIOGRAFÍAS

José Toniolo, por Rita María Cancio R. Capote. — Ediciones Botas. — México.

He aquí una biografía ejemplar que deberían leer cuantos se dedican a estudios y apostolados sociales. José Toniolo, sociólogo y economista, profesor y promotor de la Acción Católica, precursor de la *Rerum novarum* de León XIII y especialmente hombre dado a la vida santa.

Y ésta nos parece la lección fundamental de esta biografía: la vocación, seguida y ardentemente conquistada, a la perfección. El centro de su vida y de su apostolado fué la restauración social del Reinado de Jesucristo. Vió claramente que el liberalismo y el socialismo eran los grandes peligros y males de la civilización cristiana. Y que el mal de los males era de origen doctrinal, de principios naturalistas, de ideologías que negaban el orden sobrenatural.

Aun hoy el mensaje de Toniolo tiene actualidad y específica ejemplaridad. Porque ni el liberalismo en sus proteicas escuelas de democracia revolucionaria, ni el progresismo en el grado mitigado o furioso nos pueden ofrecer soluciones. Aún hoy la temática social, fundamentalmente, radica en la defensa de la verdadera propiedad privada, en la organización corporativa, en las descentralizaciones y reconocimiento de las sociedades infrasoberanas, en la represión de la usura y especulaciones inmorales. Y estos puntos programáticos de Toniolo estaban engarzados en una vida de oración, de honda entrega a Dios.

Por esto saludamos con alegría la aparición de esta biografía que nos hace tan asequible la presencia de un apóstol social, tan alejado de los conservadurismos materialistas como de los progresistas que negando todos los principios cristianos se abrazan con las tesis marxistas del socialismo, en cualquiera de sus versiones.

José RICART TORRENS, pbro.

Es éste fermento novelesco, sólo fermento novelesco — no estético —; y llega al extremo de hacer recalar a Lara en Moscú cuando muere Jivago, y de hacerla entrar casualmente en la casa donde éste se halla de cuerpo presente.

Estas casualidades, que lo resuelven todo como un “Deus ex machina”, no son la excepción: son la técnica, el cañamazo. Lo verdaderamente destacado en la novela es el desengaño del protagonista, la gran dosis de poesía, y, sobre todo, la evocación del pueblo ruso bajo la Revolución, que es para mí el verdadero protagonista, sin juegos técnicos ni “*anagnórisis*”, del “Doctor Jivago”.

Francisco SALVÁ MIQUEL

Los suburbios. — 1957. Semana del Suburbio. Barcelona.

Agrupar este volumen una completa información sobre la problemática de los complejos aspectos religiosos, sociales, asistenciales, culturales y económicos de estas inmensas masas inmigratorias que se han acumulado en Barcelona. Los temas están desarrollados por especialistas, algunos de los cuales son de verdadero mérito por su casi exhaustiva documentación informativa.

El estudio del aumento de población, tan perfectamente dilucidado por el Sr. Jaime Nualart, exige una tensión apostólica y cívica que realmente no se nota al ritmo deseable. La ciudad, alegre y confiada, olvida el cinturón de necesidades que reclaman su urgencia de medios de atención. Al mismo tiempo, la presencia de los suburbios obliga a una escala de valores en los gastos suntuarios, debiendo prevalecer en buena moral, lo primario y vital sobre lo ornamental y decorativo.

Este volumen es un buen examen de conciencia de la responsabilidad pública. Pasó la Semana del Suburbio, pero queda este libro con su contundente gravedad.

Encontramos a faltar en la recolección los documentos episcopales que suscitaron la Semana del Suburbio y se habría podido suprimir una inoportuna e injusta alusión a los Ejercicios Espirituales, en la página 183.

Por lo demás, sólo plácemes merece el recopilador.

José RICART TORRENS, pbro.

Conquistadores sin tierra, por Hermann Klingler. Trad. de Juan Godó. Barcelona. Ed. Herder. 1957.

Con los viajes de los Apóstoles empezó a escribirse la epopeya de las Misiones. Y aún no ha terminado. Todavía seres animados por un recio espíritu cristiano atraviesan países desconocidos. No es un tópico hablar de lejanos

y misteriosos puestos de misión. No es un tópico en pleno siglo xx, con televisión, radio y telégrafo.

Aún existen zonas extensas inexploradas por la ciencia, mas recorridas por quienes han penetrado en las palabras del Maestro: "Id y enseñad a todas las gentes".

Sería ciertamente absurdo pretender que todas las misiones se hallan en el mismo estado de cosas. Otras necesitarán una especial ayuda técnica o científica. De todas formas gracias a esta labor callada, tinta a veces en san-

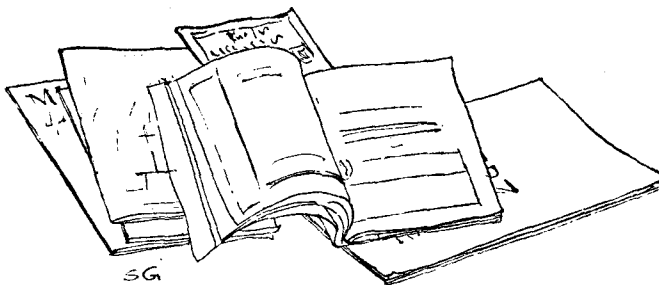
gre, verdadero testimonio de Cristo, regiones en las que al comenzar el siglo apenas era conocida la Religión Católica cuentan hoy día con florecientes cristiandades.

Hermann Klingler se ha propuesto presentarnos escenas vivas de esta gran epopeya. Cuadros que dejan el ánimo en suspenso. Recomendamos vivamente esta obra para difundir el ideal misionero, tanto más cuanto está en ella presentado con todo vigor y realismo, cual corresponde a su grandeza y heroicidad.

ARNÁN LOMBARTE

LIBROS RECIBIDOS

Se reseñan las obras de las que en nuestra Redacción se reciben dos ejemplares. **CRISTIANDAD** no se hace solidaria de las opiniones expresadas por sus autores. Los siguientes libros no están a la venta en Publicaciones **CRISTIANDAD**; para pedidos dirigirse a las respectivas editoriales.



Las 3 rocas de la Humanidad, por B. Redondo profesor de Filosofía. La Habana. 1956.

Mi pequeño Missal, por el Rvdo. Pedro Diví, pbro., con dibujos del autor. Barcelona. Editorial Vilamala. 1956,

Semana Santa, según el nuevo Ordo Hebdomadae Sanctae instauratus, por los monjes de Montserrat. Barcelona. Editorial Litúrgica Española. 1957.

Encíclica Haurietis Aquas sobre el culto y devoción al Corazón de Jesús. Traducción y comentario del P. José Calveras, S. I. Barcelona. Editorial Balmes. 1958.

Lições de Gramática de Quimbundo, por Antonio da Silva Maia, misionero secular na Arquidiocese de Luanda. Angola. Cucujaes. 1957.

Mes de Sant Josep, patró de l'Església, pel reverent de Déu, Ilm. Dr. Josep Torras i Bages bisbe de Vic. Barcelona. Editorial Balmes. 1957.

CRISTIANDAD

Administración:

Diputación, 302, 2.º, 1.ª - Teléfono 22 24 46

BARCELONA (España)

NOTA DE LA DIRECCION

CRISTIANDAD se reserva el derecho de publicar o no los originales que puedan serle remitidos, que en ningún caso se compromete a devolver. Prohibida la reproducción de sus artículos, total o parcial, así como de grabados originales de CRISTIANDAD, sin indicar su procedencia.

Precio de este ejemplar 12 ptas.
» **suscripción anual (incluido índice) 150** »

INDUSTRIA MECANICA

CONSTRUCCION DE:

**Husos, Aros, Cilindros Rayados, Continuas para Hilar y Retorcer
y demás maquinaria para la Industria Textil**

JUAN PAYAS, S. A.

Fundición y Talleres: Cra. Sampedor (Travesía) - Teléfono 2600

MANRESA

APRESTOS, TINTES Y ACABADOS

MANUFACTURAS AUXILIAR, S. A.

Despacho y Tintes:

San Sebastian, 127

Teléfono 1103

TARRASA

Aprestos:

Ntra. Sra. de los Angeles, 13

Teléfono 2384

Juan Piera, S. A.

ALAMBRES Y DERIVADOS

TREFILERIA Y LAMINACION

**DE ALAMBRES DE HIERRO Y ACERO EN TODOS LOS PERFILES
Y PARA TODAS LAS APLICACIONES**

Oficinas: Tenor Massini, 61 - Teléfono 39 27 10 - Fábrica: Rosés, 10 al 24

BARCELONA